

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 942.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Las elecciones de París. — Los wagones blindados de la compañía del Oeste, en la acción del 19 de enero en Rueil; grabado. — Revista de París. — El cazador suizo. — Aspecto de la entrada de la puerta de Auteuil; grabado. — Costumbres de la India. — Guardias nacionales defendiendo una barricada; grabado. — Un cuento de amores. — Poesía. — Antigüedades. — La batalla del 19 de enero; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Las cuevas de París habitadas durante el bombardeo; grabados. — Luisa. — Las carnicerías de París: matanza de un elefante destinado á la alimentación pública; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

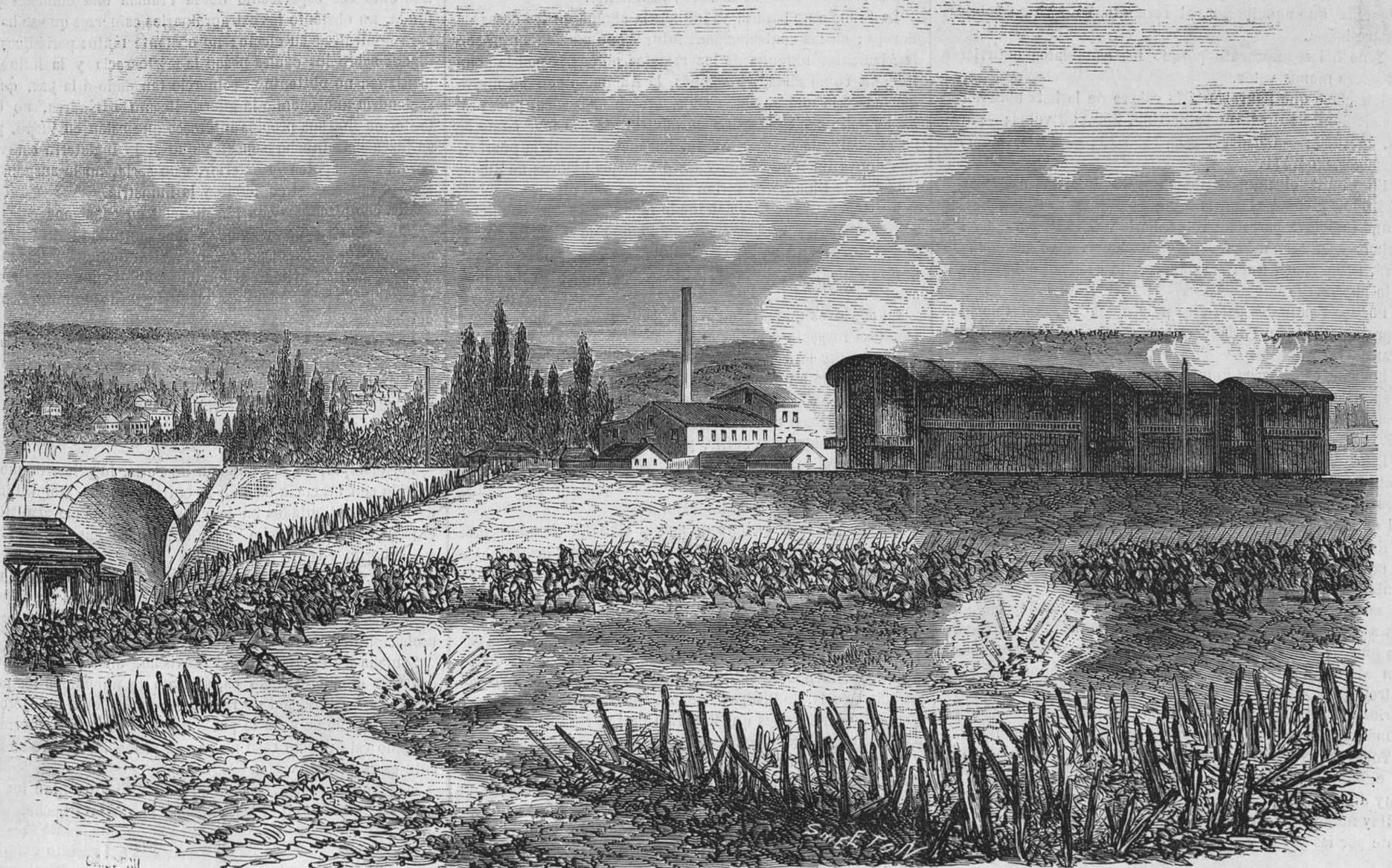
Las elecciones de París.

Hé aquí el resultado definitivo tomado del *Journal officiel* del 15 de febrero:

MM.

Louis Blanc.....	216,471
Victor Hugo.....	214,169
Garibaldi.....	200,063
Quinet.....	199,008
Gambetta.....	191,211

Rochefort.....	163,248
Saisset.....	154,347
Delescluze.....	153,897
Joigneaux.....	153,314
Schœlcher.....	149,918
Félix Pyat.....	141,118
Henri Martin.....	139,155
Pothuau.....	138,142
Lockroy.....	134,635
Gambon.....	129,573
Dorian.....	128,197
Ranc.....	126,572



DEFENSA DE PARÍS. — Los wagones blindados de la compañía del Oeste en la acción del 19 de enero, en Rueil.

Malon.....	447,253
Brisson.....	445,710
Thiers.....	402,945
Sauvage.....	402,690
Martin Bernard.....	402,188
Marc Dufraisse.....	401,492
Greppo.....	401,001
Langlois.....	95,756
Frébaud.....	95,235
Clemenceau.....	95,048
Vacherot.....	94,394
Jean Brunet.....	93,645
Floquet.....	93,438
Cournet.....	91,648
Tolain.....	89,160
Litré.....	87,780
Jules Favre.....	81,426
Arnaud (de l'Ariege).....	79,710
Ledru Rollin.....	76,736
Leon Say.....	75,939
Tirard.....	75,478
Razoua.....	74,445
Ed. Adam.....	73,217
Millicre.....	73,145
Peyrat.....	72,243
Farcy.....	69,798

### Revista de Paris.

El miércoles 8 de febrero se hicieron en París las elecciones de diputados para la Asamblea nacional de Burdeos, y hoy que estamos á 14, no podemos decir aun el resultado definitivo, porque la operacion del recuento de sufragios no se halla terminada todavía á la hora en que escribimos. Acostumbrados los parisienses á saber en la misma noche del día de la votacion un resultado mas ó menos completo, extrañan, y con razon, que esta vez los escrutadores no se den mejor maña ó que el gobierno no haya dispuesto las cosas de otra manera. El periódico oficial en vez de darnos la lista de los diputados elegidos, nos habla de las dificultades con que tropieza este escrutinio tan extraordinario, y atribuye la tardanza á la extremada difusion de los votos que parecen haberse repartido entre mas de 3,000 candidatos, por lo cual los 8,000 hombres consagrados á la tarea colosal de contar los sufragios, no acaban de dar cima á su grande obra.

Se achaca tambien este tropiezo imprevisto al sistema electoral que ha querido adoptar el gobierno, que es el de la votacion por lista, sistema que se empleó en tiempo de la República de 1848; pero este cargo pierde su valor si se recuerda que aquella vez, el recuento se hizo en veinte y cuatro horas.

Y no fué seguramente porque los candidatos obtuvieran entonces menos votos.

Los cinco que figuraban á la cabeza de la lista obtuvieron los siguientes sufragios: Lamartine, 259,800 votos; — Arago, 245,983; — Garnier-Pagés, 240,890; — Marie, 225,776; Beranger, 204,471.

En el día el número de votantes inscritos asciende á 545,605, y como segun la ley adoptada sale elegido el que reúne la octava parte de votos, bastan 68,200 para ser diputado y figurar en la Asamblea nacional, cuyo primer acto será, como saben nuestros lectores, la decision sobre la paz ó la guerra.

Por los resultados parciales publicados ya, casi todos los representantes de París pertenecen al partido radical mas avanzado.

Los cinco primeros nombres de la lista son los de Luis Blanc con 209,002 votos; — Victor Hugo, 204,988; — Garibaldi, 191,606; — Gambetta, 183,446; — Edgard Quinet, 159,147.

Estas cifras se aumentarán naturalmente cuando se complete la operacion del escrutinio, y entonces daremos á nuestros lectores la lista de los 43 diputados de París con el total de los sufragios obtenidos (1).

Entre tanto diremos que si los electores de París, segun la costumbre tradicional, han dado el triunfo á los representantes de las ideas mas avanzadas, republicanos, socialistas y hasta comunistas, en cambio los de los departamentos se han distinguido del modo mas marcado en favor de los que representan la monarquía, legitimistas y orleanistas, con exclusion casi exclusiva del elemento imperial, pues entre los 750 diputados se contarán media docena de partidarios del régimen caído. En suma, la inmensa mayoría es monárquica, una mayoría de mas de quinientos diputados.

Todos estos cálculos son aproximados y nada mas, pues en el momento en que escribimos, una clasificacion exacta es muy difícil todavía.

Hay nombramientos de una significacion altamente importante por las múltiples elecciones que han obtenido.

(1) Despues de escrita esta Revista recibimos el resultado oficial, que insertamos á la cabeza de este número.

El nombre de M. Thiers se halla al frente de los privilegiados del sufragio universal en la ocasion presente, puesto que ha sido elegido en veinte y cinco departamentos; el general Trochu lo ha sido en ocho, M. Dufaure en cinco, M. Gambetta en cuatro, lo mismo que el general Changarnier, y finalmente, M. Jules Favre es diputado por tres departamentos, contando el del Sena, donde es el único miembro del gobierno de la defensa nacional que ha alcanzado, aunque con gran trabajo, el número de votos que se requiere.

Así pues, cuando en veinte y cinco departamentos de Francia los electores han nombrado á M. Thiers, el hombre que dijo en el Cuerpo legislativo todo lo que la mayoría le permitió decir contra la desgraciada guerra emprendida por el gobierno imperial; que despues de la revolucion de setiembre hizo un viaje diplomático á Inglaterra, Rusia y Austria para preparar el terreno en favor de la paz, y que por último, trató de negociar el armisticio á principios de noviembre, despues de la capitulacion de Metz, con el fin de que pudiera reunirse entonces la asamblea que ahora se reúne; cuando tantos votos, decimos, en tan diversos puntos de Francia se han concentrado en el hombre de Estado que tiene en la cuestion actual tales antecedentes, podemos aventurarnos á sacar en conclusion que el país está por la paz y que la espera pronta, inmediata, de la Cámara de Burdeos.

Los partidarios de la guerra, si nos atenemos al nombramiento de sus representantes, son muy pocos; y por consiguiente, tanto la cuestion de la forma de gobierno, como la de la paz, nos parecen resueltas en principio, si consideramos la significacion que á la primera ojeada resulta de las elecciones del 8 de febrero.

¿A qué condiciones se hará la paz?

Sobre esto nuestras noticias son muy vagas.

Los diarios de Lóndres y de Berlín nos han dicho ya cuáles son los proyectos de la Prusia; pero no tenemos sus datos por oficiales, y así es que no podemos precisar ninguna cosa con pleno conocimiento de causa.

Sin embargo, parece ser que las pretensiones del vencedor son extremadas.

Pide toda la Alsacia y una parte del territorio de Lorena, con una indemnizacion de dos mil millones de francos.

Otros hablan de toda la Alsacia y toda la Lorena con Belfort y Metz, diez mil millones de indemnizacion y la cesion de Pondichery y de veinte navíos.

Los diarios ingleses dicen con mucha razon que estas son condiciones de guerra, no de paz, y que de ser ciertas, justificarian la resistencia hasta el último aliento.

Los ingleses tienen la vista fija en esta cuestion y comprenden perfectamente que no solo interesa á Francia sino á toda Europa, pues su efecto seria eliminar al país vencido del sistema europeo, destruyendo en él á uno de los agentes principales de la civilizacion moderna.

Las consecuencias se deducen fácilmente.

La Francia no tendria ya influencia alguna en las cosas de Europa; en las contestaciones futuras que pueden surgir con la Alemania, ninguna de las grandes potencias podria contarla ya como aliada, y además, la Alemania con su nueva marina seria una amenaza constante en el Báltico, pues probablemente no consentiria en neutralizar ese mar como se ha neutralizado el mar Negro. Despues necesitaria puertos, una nueva línea de costas y las provincias bálticas de Rusia; las islas de Dinamarca serian una excelente presa.

Los ingleses discuten del modo mas prolijo las condiciones prusianas, y concluyen diciendo que la Alemania hace alarde de pretensiones exorbitantes para que la concedan lo que desea, y que en realidad el programa es mas moderado.

Lo cierto es que la Inglaterra parece tomar una actitud amistosa respecto de la Francia.

Dícese que lord Granville ha enviado á M. Odo Russel la instruccion de apoyar en todo y por todo á M. Jules Favre.

Además se añade que las potencias neutras, influidas por la opinion, hacen cuanto pueden para aligerar las cargas que la Francia tendrá que sufrir, y que se anuncia una intervencion diplomática muy formal y muy seria.

Se trata de salvar á la Francia de la opresion y de la injusticia, dicen los diarios ingleses.

Puesto que todo peligro de guerra civil ha desaparecido, escribe un diario de Lóndres, las decisiones de la Asamblea libremente elegida serán aceptadas por M. de Bismark. Una decision bélica seria antipática á la nacion entera, si se exceptúan el partido radical y las poblaciones de las grandes ciudades. El emperador Guillermo puede asegurar la paz pronunciando una sola palabra. El pueblo francés lo concederá todo, menos su ruina. Tengamos confianza en la moderacion de M. de Bismark, quien debe reconocer la extravagancia de condiciones que llenarian de furor y desesperacion á la nacion entera y que tendrían por efecto prolongar meses y años quizás la terrible guerra. La Alemania puede conquistar á toda la Francia; puede poner guarniciones en todas sus ciudades, puede reprimir con la fuerza toda tentativa de revolucion; pero el canciller federal no puede negociar con un país sin gobierno, ni obtener de una nacion arruinada las ventajas que con moderacion puede sacar actualmente.

Tal es el sentido en que se expresan los diarios mas autorizados de Lóndres.

Además, la actitud del pueblo inglés ha dejado de ser equívoca desde que cayó el gobierno imperial y se estableció la República.

Una simpatía general ha reemplazado aquella enemistad tan bien fundada contra un gobierno inmoral y cauteloso, que no esperaba mas que las ocasiones propicias para trastornar la paz del mundo y sumir á la Europa en las perturbaciones de la guerra, mas temibles mil veces para los pueblos extranjeros que pueden serlo las discordias intestinas de las revoluciones.

M. Michelet acaba de publicar en Florencia una obra titulada *Francia delante de la Europa*, en donde apunta con su brillante elocuencia los generosos testimonios que los ingleses están dando en la actualidad, con el fin de señalar dignamente á su nacion los socorros que debe á una nacion hermana.

Con este motivo recuerda la sencillez del noble testamento de Clyde, uno de los generales de Crimea:

«Doce millones á la Francia, que en la guerra de Crimea salvó tres veces á los ingleses.»

Y esta recomendacion, añade Michelet, era para la reina Victoria, que en 1856 prodigó las condecoraciones inglesas á los franceses y que despues se ha mostrado tan cruelmente olvidadiza.

Quizás la recomendacion será un aviso á su conciencia.

Entre los ejemplos que cita el célebre historiador francés, figura el nombre del ilustre John Russell y de varios publicistas que en diferentes diarios han hablado noblemente por la Francia y por su misma patria, que se halla tan interesada en la contienda.

Pero entre todos los testimonios á que se refiere, no hay otro superior al de M. Harrison, que ha publicado en una revista importante un artículo considerado por M. Michelet como un hecho nacional de importancia superior y que será una prueba eterna de la mancomunidad profunda que existe entre las dos grandes naciones de Occidente.

En él deplora el paso retrógrado que la Prusia hace dar á la Europa lo menos por cincuenta años. Guerra salvaje de un carácter que no tuvieron ni aun las grandes guerras del imperio, en las que dominó el valor, no el frío cálculo.

Dice M. Harrison para honor de la República, que la defensa inesperada de la Francia, cuando se hallaban derrotados ó encerrados sus ejércitos, es una cosa heroica, sorprendente, que ninguna otra nacion ha ofrecido en un caso semejante.

«Lo que pierde en ascendiente material, lo gana en ascendiente moral. En torno de ella se agruparán los pueblos, los republicanos de Europa. Sus padecimientos darán á la causa un nuevo impulso. Desde hoy se convencerán todos, hasta los alemanes, que el pueblo francés enarbola el estandarte del progreso.»

El mismo escritor afirma que los obreros ingleses han sentido ante ese espectáculo de la Francia una emocion profunda, no obstante los extraordinarios esfuerzos que se hacian para neutralizar su efecto; no obstante tantos periódicos indignos sobre los cuales pesan la aristocracia y la influencia prusiana: no obstante el comercio tan dado á la paz, que la sostendria aun cuando la guerra llegara á Lóndres, no obstante, en fin, sus propios intereses que están en juego, pues se juzga con mucha sensatez que si la Inglaterra estuviera perdida como potencia exterior, esto seria, no la suspension, sino la muerte del comercio y la industria.

Nos complacemos con M. Michelet en consignar estas señaladas pruebas de amistad y mancomunidad de intereses entre dos grandes naciones, que si hubiesen permanecido unidas, habrian evitado el terrible golpe con que las amaga el cambio de preponderancia en favor de los grandes Estados del Norte.

Los franceses aprecian en lo que deben la expresion de tan generosos sentimientos, y cuentan con que esa predisposicion de la Gran Bretaña suavizará las exigencias del vencedor, que á lo que parece tiene en mucho la honra de sus victorias, pero se preocupa muchísimo mas de la cuestion del provecho.

Por ejemplo, en la rendicion de París, lo primero que ha exigido con urgencia ha sido la entrega de los 200 millones de francos estipulados en la convencion llamada armisticio, entrega que se ha hecho ya en billetes de Banco y en letras sobre Berlín y sobre Lóndres.

Estas contribuciones que imponen los prusianos á las ciudades conquistadas equivalen lisa y llanamente á un saqueo, medio bárbaro que aplicado en su crudeza, excitaria la reprobacion del mundo civilizado.

Zanjada así la cuestion del provecho, ahora se trata de la cuestion de honra, esto es, se trata de imponer á los parisienses la humillacion de recibir en sus calles á los ejércitos alemanes, que se haga la paz ó que se continúe la guerra.

Como este último caso no parece probable, lo que se discute es el primero.

—¿Entrarán los prusianos en París? se preguntan los parisienses, dando ya por sentado que la paz está hecha.

No hay duda que militarmente son ya dueños de la capital, puesto que ocupan todos los fuertes del recinto exterior, y además el gobierno de la defensa nacional ha firmado un convenio en el que se dice que «los prusianos no entrarán en París mientras dure el armisticio,» como si hubiese que-

rido anunciarnos desde luego que entrarán cuando el armisticio llegue á su término.

Así, pues, los prusianos se hallan en posición de hacer lo que gusten en este punto.

La prolongación del armisticio es necesaria, porque la Asamblea de Burdeos apenas estará constituida el 19, que es cuando concluye la suspensión de armas; y se dice que como condición de esta prolongación exige M. de Bismark la entrada en París de los ejércitos alemanes.

Parece que será un desfile y no una ocupación, pero de todos modos tendremos el espectáculo del vencedor dándose importancia en las calles y los bulevares.

¿Cómo recibirán los parisienses esta manifestación militar de los prusianos?

Los parisienses, que en esta guerra fatal para la Francia se han alimentado con tantas ilusiones, no han creído jamás que los prusianos penetrarían dentro de las murallas, y aun después de la capitulación ó rendición, como quiera llamarse, firmada el 28 de enero por Jules Favre y Bismark, conservan todavía tan grata esperanza.

Por esta razón el rumor solo de su entrada tiene en alarma á los habitantes.

Toda resistencia sería inútil, no hay para qué ocultarlo. Los prusianos dominan á París desde los fuertes, y al primer síntoma de resistencia podrían hacer sufrir á la capital una catástrofe horrorosa. Son los amos, amos implacables, y los parisienses deben comprender que en esa terrible humillación que sin duda alguna les espera, no cabe otra actitud que la de la calma que expresa el luto de los corazones. No hay otra actitud noble y digna en tales calamidades.

MARIANO URRABIETA.

### El cazador suizo.

Pura y brillante alzába el alba su frente y el sol doraba las cumbres de los Alpes, rompiendo sus rayos sobre los nevados campos de la Suiza. A cuatro kilómetros de Lausana, veíase una sencilla y agreste quesera, aislada en medio de aquella rica vegetación. Inmóvil en el dintel estaba una doncella: sus rasgados ojos negros, llenos de candor y de expresión, vagaban con inquieta curiosidad por el camino que venía de Lausana, cruzaba por delante de la quesera é iba á perderse en la montaña.

— ¡Kelty! ¡Kelty! repitió la brusca voz de un anciano que salía de lo interior andando con dificultad. Kelty, tres veces te he llamado; ¿qué haces que no respondes?

— Padre, exclamó Kelty, como si no hubiese oído estas reconvenciones y palmoteando alegremente, ya viene Bantz.

— ¡Bantz! ¡Bantz! murmuró el montañés enojado; adentro, Kelty, bien sabe solo el camino de la quesera.

Bajó la joven la cabeza y siguió á su padre sin contestar; pero apenas se hubo sentado sobre su vieja poltrona de cuero, fué ella á apoyarse dulcemente en sus hombros, con aquella expresión de malicia y zalamería exclusiva de las mujeres en general. Estampó Kelty un beso en la arrugada frente del anciano.

— Padre mío, dijo con la más dulce y cariñosa voz, en otro tiempo queríais mucho á ese pobre Bantz.

— Ya se ve que sí, dijo el montañés con impaciencia, le quería... porque Bantz es un buen chico, un cazador intrépido... Es hijo de mi más asiduo compañero de peligros... Pero Bantz ha dado en la flor de amarte, Kelty...

— ¿Y qué tiene eso de malo? padre, si vos mismo confesais que es honrado, valiente...

— Sí; pero no posee otro bien que su escopeta.

— ¿Y qué más necesita un montañés?

— ¿Qué más? un pedazo de pan que poder dejar á su mujer y á sus hijos, si por desgracia se le va un pie en los barrancos... así murió delante de mí su pobre padre... ¡yo le ví rodar al abismo de donde nunca se vuelve!... y si Bantz...

— ¡Oh! padre...

— Bien puede suceder. La mujer de un cazador de gamuzas debe encomendar siempre á Dios á su marido cuando marcha á las montañas; porque hay más probabilidades de que anochezca con Dios que con ella... y no quiero...

Calló el anciano porque Bantz acababa de presentarse en el dintel de la quesera.

Era Bantz un gallardo montañés, de facciones muy mareadas y robusta musculatura: su cuerpo tenía toda la fuerza y soltura de las generaciones primitivas: todo su continente ostentaba aquel noble orgullo del hombre libre, independiente y fuerte á quien no han degradado viles y miserables pasiones. Sus ojos negros, llenos de fuego y audacia tenían inexplicable dulzura, cuando miraban á Kelty; y su voz, robusta siempre y penetrante, adquiría dulcísima armonía al dirigirse á la doncella. Por eso Kelty le correspondía con todas las fuerzas de su alma; dulce y modesta flor de la montaña jamás había sentido ahogado su pecho bajo la pesada atmósfera de las ciudades; jamás había aprendido á

distinguir el bien del mal, el valiente del cobarde. Pero su corazón la guiaba y la decía que Bantz era el más noble de todos y el más digno de ser amado.

Acompañábase con la vista hasta que el tortuoso sendero se le ocultaba; le aguardaba por la tarde, palpitante de esperanza y de inquietud, y cuando llegaba, ocupaba un escabelo á pocos pasos de él, contemplándole con las manos cruzadas y sumida en mudo éxtasis.

Cuando refería sus peligros, su valor y serenidad en el momento crítico, su destreza para la peligrosa cacería, se animaban las miradas de la doncella; ante la admiración desaparecía el temor, y el gallardo montañés le parecía más que un hombre, era su Dios.

Al principio consintiera gustoso Rusthein el padre de Kelty, en que Bantz se sentase á su mesa y participase de su frugal sustento. Parecía el cariño del hijo un reflejo de la antigua amistad del padre y se complacía con las narraciones de Bantz que le trasportaban á los tiempos de su juventud. Hasta la edad de cuarenta y cinco años había sido Rusthein el primer cazador del cantón y nunca había equivocado su vista la distancia de la gamuza, ni temblado su mano. Pero una vez, extraviado en la montaña, había pasado dos noches sobre los ventisqueros, medio enterrado en la nieve. Afortunadamente fué hallado vivo aun, pero baldado, con las piernas heladas y desde entonces le fué imposible volver á la montaña. Con frecuencia solía contestar á los relatos de Bantz.

— Mas que eso he hecho yo. Pero tener vista segura, mano firme y estas malditas piernas...

— ¡Eh! ¡eh! respondía Bantz con rústica franqueza, vos sois viejo y yo joven: cada cual tiene su turno. Mañana contaré mi expedición y podeis figuraros que habeis asistido á ella.

— Anda, hijo mío y el cielo te guie.

Apretaba el anciano cordialmente la mano del cazador, y este como siempre clavaba en Kelty una mirada llena de amor y de esperanza que le daba fuerzas para continuar sus peligrosas correrías.

Todo marchó bien durante algún tiempo; pero un día descubrió Rusthein el amor de los jóvenes por una conversación que sorprendió, y de repente mudóse el trato del anciano: recibió á Bantz friamente y miró á Kelty con severidad hasta que esta provocó una explicación.

Como vimos, calló Rusthein de pronto al aparecerse Bantz, pero una rápida mirada de este le puso al corriente del objeto de la conversación, y después de dejar en un rincón la escopeta y en la mesa el morral con pan, queso y una calabaza llena de agua, se acercó á Rusthein ofreciéndole la mano. El anciano fingió no advertir este movimiento.

— Buenos días, Bantz.

— Buenos los tengais, tío Rusthein, repuso Bantz algo desconcertado con tan frío recibimiento. Pero tomando una resolución repentina, se sentó delante del montañés y dijo con voz firme:

— Tío Rusthein, hace mucho tiempo que quiero hablaros... entre gentes honradas se va derecho al asunto... así pues, yo amo á Kelty y ella me corresponde... sabeis que soy honrado, firme y que no me asusta el peligro... sabeis que he mantenido á mi madre con el producto de la caza. Pero mi pobre madre ya murió y confieso que al verme solo en el mundo me faltan las fuerzas. Trabajar para mí solo, arrostrar mil peligros sin llevar en el corazón un solo pensamiento de ventura, exponer mi vida veinte veces cada día sin poder decir: «esto que hago es por una mujer á quien amo, á quien puedo hacer feliz,» triste cosa en verdad, pero si consentís en que Kelty sea mi esposa podré alimentar estos pensamientos.

El viejo le escuchaba silbando de un modo que nada bueno presagiaba al pobre pretendiente; de pronto dijo al joven:

— Bantz, á seiscientos pasos de aquí posees una miserable quesera, muy pobre, muy mezquina, y ¿qué más tienes?

— Nada más, tío Rusthein.

— ¿Nada más, eh? ni una tierra, ni un rincón que cultivar cuando no sea tiempo de caza. ¿Cómo piensas mantener á tu mujer y á tus hijos?

Bantz se sonrojó y replicó con vehemencia:

— Tío Rusthein, ¿se pregunta á un montañés que tiene buenos brazos, buenas piernas, veinte años y valor, cómo mantendrá á su mujer? Sea mía Kelty y antes de dos años se habrá ensanchado la quesera y habrá tierras y ganados. Veinte gamuzas hacen falta para todo esto y ya sé yo dónde hallarlas.

— Veinte gamuzas... bien, repuso Rusthein; pero Kelty es joven, tú también y tenéis tiempo de aguardar. Mata pues las veinte gamuzas, tráeme el dinero y Kelty llevará una suma igual. Pero hasta entonces ni una palabra de matrimonio escucho.

— ¡Cómo! ¿pretendeis?...

— ¡Silencio! el montañés no tiene más palabra que una: anda, hijo mío, el día está excelente y puedes comenzar tu cacería.

Bantz no contestó: conocía demasiado el carácter firme de Rusthein para intentar contradecirle: cogió la carabina y el saco, miró con ojos llorosos á Kelty y dijo con voz ahogada:

— Tío Rusthein, haré por obedeceros para merecer á Berta... quiera el cielo protegerme, porque de dos hijos que podíais tener, quizá os quede solo uno... Adios, Kelty; reza por mí.

— ¿Qué dice? murmuró el anciano turbado.

— Padre, exclamó Kelty sollozando, un presentimien-

to le anuncia que no volverá á vernos; y si él muere, muero yo también.

— ¿Y por qué se va así el loco? llámale.

Kelty se lanzó fuera de la casita; mas era tarde. Con paso rápido se encaminaba Bantz á la montaña y no llegaron á sus oídos las voces de su amada: por un momento creyó esta que la oía, porque volvió la cabeza; pero fué para hacer una señal de despedida y desapareció.

— ¡Se ha perdido! murmuró Kelty con desesperación cayendo de rodillas.

Bantz hondamente afligido con la cruel firmeza de Rusthein, se había dejado dominar por una profunda tristeza, pero poco á poco reanimó su valor. ¡Veinte gamuzas! si tenía la suerte de dar con algunas manadas, la caza sería pronta y fácil. Su destreza era proverbial; no había ventisquero que no conociese perfectamente: preveía todos los peligros y con calma y serenidad estaba seguro del triunfo cuyo premio era su adorada Kelty.

Animáronse sus rasgados ojos negros, asomó la risa en sus labios y continuó su camino murmurando una preciosa canción suiza. Se encaminó hacia el Paso de Anzin, y allí cesaron sus cantos. Por espacio de una hora siguió un estrecho sendero, cuya vista sola aterraria nuestros más temerarios cazadores: tenía á lo más 70 centímetros de anchura.

A la izquierda de la montaña elevada, recta, unida á la derecha un abismo insondable... pero este peligroso pasaje no era nuevo para Bantz. Seguía andando sin temer un vértigo, pero cada vez se estrechaba más la senda y frecuentes hundimientos obligaban á saltos peligrosísimos que Bantz no titubeaba en dar.

De repente le faltó paso, pues había una cortadura de catorce ó quince pies: se paró un momento y se sonrió burlándose del obstáculo: una rama de enebro salía de una hendidura de la roca, formando un puente natural con el otro extremo de la cornisa: púsose Bantz á caballo sobre este puente y se deslizó hasta el borde opuesto: temblaban sus piernas en el vacío: si se rompía la rama ó perdía el equilibrio, ¡ay de él! Empero Bantz era diestro y valiente y á costa de un esfuerzo casi sobrenatural se vió de pie sobre la orilla contraria, sonriéndose de un obstáculo que á tantos otros habría detenido y que él superaba por amor de su dulce Kelty. Continuó su excursión, haciendo el menos ruido posible y evitando que su sombra avisase á las gamuzas de su presencia.

Deteniéndose de pronto: pendiente sobre un pico de la roca, á treinta pasos encima de él, una gamuza rumiaba la yerba. Bantz le apuntó, salieron los dos tiros y cayó la gamuza con dos balazos en la cabeza.

— Bien, dijo, tengo buena puntería, la mano es segura y mi buena carabina no me ha faltado jamás. Dios me ampare.

Y el venturoso montañés sintió latir su corazón de alegría y de esperanza.

Eran poco más de las nueve de la mañana y podía aun aprovechar el día: colocó Bantz la gamuza debajo de unas piedras, dejó una señal y continuó su marcha.

Cien pasos diera apenas cuando se detuvo y se inclinó hacia el suelo montuoso. Halló una huella de un pie demasiado ancho para ser de gamuza.

— ¡Una cabra montés! murmuró, será mía. Una cabra montés vale dos veces más que una gamuza y es más difícil de sorprender.

Subió, trepó, siguiendo la presa que codiciaba. No se acordaba del tiempo que volaba; no sentía frío, ni hambre, ni fatiga. Todos sus pensamientos estaban concentrados en el objeto de sus pesquisas: do quiera hallaba el indicio cierto del paso de la cabra montés. Crecían sus esperanzas, ora siguiendo una estrecha cornisa, ora encontrando una ancha senda que los hielos y las nieves endurecidas hacían unida y fácil. Aparecía en la cumbre de una roca, ó desaparecía tras una pirámide de hielos: su carrera era prodigiosa por lo atrevida y peligrosa.

En estas alternativas pasó el día entero, perdiendo y recobrando la arhelada huella, deteniéndose á cada paso, contentando el aliento, escuchando con inquietud y sin oír más que el ruido debilitado del torrente que rodaba en su estrecho lecho é iba á perderse en la garganta de las montañas. A las ocho horas de marcha, agobiado de fatiga, había perdido las huellas de la fureta cabra, y como el viajero que se extravía de noche en seguimiento de un fuego fátuo, Bantz también se había perdido.

Sí, el hijo de la montaña se había desorientado en aquel dédalo de hielo. El atrevido Bantz, que creía haber registrado todo el ventisquero, había llegado á un punto que no conocía: en vano quiso averiguar donde estaba; por todas partes le rodeaba el abismo ó la roca sin fin que se alzaba ó bajaba caprichosamente, rompiéndose de pronto y ofreciendo una boca pronta á tragarse á los imprudentes. Ninguna señal conocida descubrió Bantz: tendía sus miradas inquietas sobre los pelados montes, sobre los centellantes picos... pero nada... nada más que la montaña.

Descansó un momento, comió un poco de pan, bebió el agua helada que henchía su calabaza y prosiguió el camino. El astro de luz desmayaba y Bantz aceleró el paso en cuanto le permitían los estorbos del camino. Trepó y bajó las rocas con inconcebible osadía, impedido por la fatalidad: al fin puso los pies en una cornisa que creyó conocer: cobró ánimo, mas pronto cesó y le fué imposible avanzar.

Estremécese Bantz y se detiene; tiende una rápida

mirada y descubre mas abajo una especie de plataforma, otro camino sin duda que conduce á Lausana, cuya direccion le indica el sol poniente. No titubea, se lanza y cae sobre el llano.

¡Oh! ¡quién pintara su rabia y su desesperacion! palidece y se apoya temblando en la roca: tendria á lo sumo el terreno tres piés cuadrados, la roca en que se sostiene alza al cielo su cresta erguida y recta: ¡La muerte! en efecto, un paso mas allá está el precipicio, detrás la montaña, y ni una hendedura, ni un pico donde agarrarse y buscar la salvacion. Permanecer allí inmóvil durante la larga noche, es entregarse á una muerte segura, el frio le traspasará y no volverá á despertar. Si resiste al frio, el hambre, el hambre horrible con todo su séquito de horribles torturas. ¡oh!... ¡es forzoso morir!

Morir con tan espantosa muerte, cuando hierve aun tanta vida en su corazon, cuando la sangre juvenil, ardiente circula por las venas ¡morir amando y siendo correspondido!

¡Morir sin dejar rastro alguno! ¡sin que su amigo pueda llevar á la que el alma idolatra, el último adiós, la postrer palabra de amor!

¡Dejar la vida y ese cielo tan ardiente y ese sol que al desaparecer dora las cimas y extiende franjas de fuego sobre la nieve!

Renunciar eternamente á las riquezas de natura, á los embelesos del amor ¡morir á los veinte años! ¡Oh! este pensamiento horrible heló la sangre de Bantz y dirigió al cielo una mirada de desesperacion: empero este desaliento duró un instante no mas, y Bantz intentó luchar contra su fatal destino. Un medio único de salvacion le quedaba aun, y era volver á encaramarse á la cornisa que con tal imprudencia abandonara: pero no tenia apoyo alguno, la carabina le estorbaba y estuvo á punto de sepultarla en el abismo: mas no, no pudo resolverse á abandonarla: consiguió echarla sobre la roca y en seguida emprendió la peligrosa subida. Tres veces se soltaron sus manos ensangrentadas, tres veces las desolladas rodillas le obligaron á renunciar á su imposible empresa y tres veces cayó lanzando un sordo gemido de rabia y de dolor.

La cuarta vez, sacando fuerzas de su misma desesperacion y expuesto á hacerse pedazos si caia, se lanzó sin buscar apoyo para sus rodillas. Con las manos convulsivamente asidas á la roca, jadeando, pálido, eri-

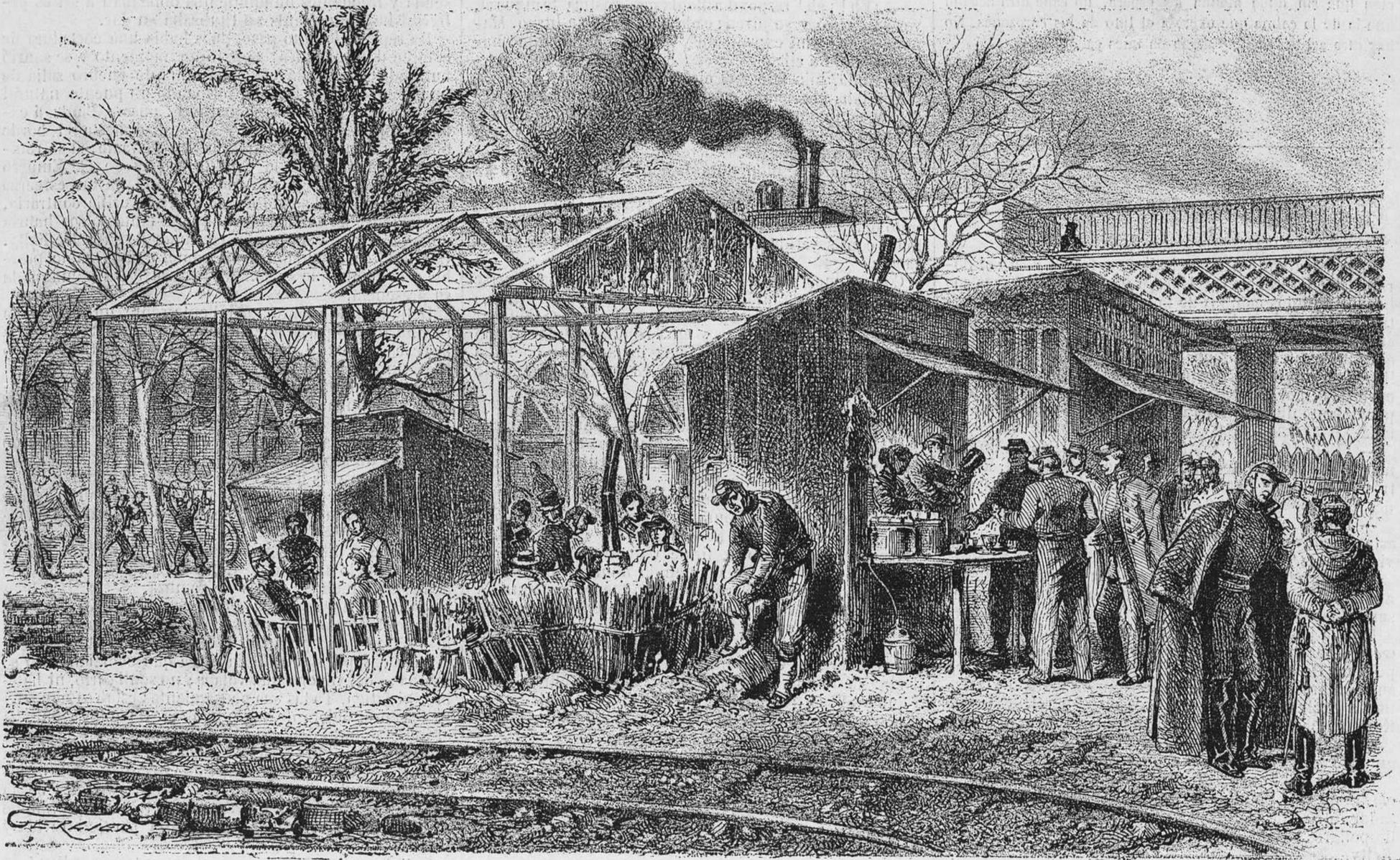
zados los cabellos, se levanta... llega su pecho al nivel de la cornisa... otro esfuerzo no mas y se salva... ¡Pero Dios no quiere! el pedazo de roca que le sostiene cediendo á las sacudidas que ha llevado y al peso de su cuerpo se desprende... y hombre y piedra ruedan juntos al torrente.

¡Oyóse un grito horrible, y despues nada! nada mas que el débil chapuceo que produciria un guijarro en un lago.

Quince dias despues otros cazadores hallaron una carabina en el borde del abismo y adivinaron la tumba del valeroso Bantz.

Un mes despues se habia cumplido la prediccion de este. Al anciano Rusthein de dos hijos que podia tener no le quedaba ninguno. Uno solo, Kelly, la suave flor de la montaña dormia bajo de la tierra cubierta de nieve . . . . .

Y ahora, bellas damas, que habeis leído mi funesta historia, decidme con verdad, ¿pudisteis imaginar jamás que una de las frivolidades de vuestro tocado costase tantas lágrimas y tanta sangre? ¿Os habeis acordado de que con harta frecuencia esos lindos guantes



SITIO DE PARIS. — Aspecto de la entrada de la puerta de Auteuil.

que tan coquetamente encierran los blancos y delicados dedos, costasen la vida de un hombre? Si tan triste perspectiva se os presentase al volver de un baile, antes de tirar sobre una mesa el perfumado guante, consagrariais sin duda un pensamiento, una lágrima al hombre que ha arriesgado su vida por contribuir á embelleceros. Empero á nadie se le ha ocurrido jamás que la moda se rozase tan de cerca con cuestiones de humanidad, y que se pudiese hallar materia para largas disertaciones filosóficas, y motivo para derramar una lágrima en un sencillo par de guantes de cabritilla.

### Sitio de Paris.

ASPECTO DE LA ENTRADA DE LA PUERTA DE AUTEUIL.

La puerta de Auteuil ha estado muy concurrida du-

rante el sitio, lo cual no nos extraña, pues ese lugar tiene invencibles atracciones para el paseante.

Con efecto, así que se atraviesa la puerta de Auteuil, el espectáculo de la defensa nos prueba que en ese punto, considerado como uno de los mas débiles, Paris ha imitado al erizo que levanta todas sus púas delante del peligro.

El panorama es asombroso, es quizás el punto de vista mas notable de Paris fortificado.

A la derecha aparece el Monte Valeriano, que tantas bombas ha enviado contra el reducto de Montretout; y en medio están Saint-Cloud, la Linterna de Diógenes, dos ruinas en el dia; el puente de Sevres con todas sus barricadas; por último, á la izquierda Meudon, la batería de Brimborion y el fuerte de Issy.

Los oídos de los parisienses conservarán largo tiempo la memoria de semejante orquesta.

El que no pasa de la puerta se encuentra con el espectáculo militar que representa nuestro grabado, y que viene á ser el mismo que puede observarse en todo el circuito de la muralla.

Quizás abunda aquí mas la gente porque el ferro-carril

de circunvalacion toma y deja en la estacion de la puerta de Auteuil un número considerable de viajeros.

Los cocineros de los guardias movilizados están preparando la leña que necesitan para hacer el rancho; y á su lado vemos la eterna cantina, la inseparable compañera del batallon, que derrama un bálsamo sobre las heridas del soldado.

Estas cantinas fijas siguen invariablemente á los acuartelamientos de barracas.

Sin embargo, no se vaya á creer que son establecimientos que se distinguen por su baratura; nada de eso. Como tienen que comprar los víveres muy caros, sus precios son elevadísimos, y el pobre soldado pasa por delante de la cantina como la zorra ante las uvas de la fábula.

En cuanto á la calidad y cantidad de los manjares, será bueno callarse.

La guerra ha dado á los parisienses un estómago que es capaz de digerirlo todo.

L. C.

## Viajes.

## COSTUMBRES DE LA INDIA.

La costumbre que existe en la India de que las viudas perezcan en la misma hoguera en que se queman los cadáveres de sus maridos, ha adquirido en Europa una celebridad exagerada. De tal modo se han tenido por reglas generales algunos episodios accidentales, que se ha creído al Indostan cubierto de hogueras consumiendo viudas. En el día los *Suttis* (que así se llaman estos sacrificios) no están tolerados.

En 1829 el gobernador general lord Bentinck, declaró que el gobierno británico no sufría de manera alguna la continuación de escenas tan atroces. Aun antes de esta época las autoridades inglesas habían disminuido mucho su número, estableciendo que siempre que una

viuda quisiese seguir á su marido á la hoguera, debería presentarse espontáneamente á la autoridad local; y ante ella hacer la declaración de sus deseos de sacrificarse.

La autoridad por su parte procuraba por todos los medios posibles desviarla de su intento; si persistía, se nombraba un comisionado europeo para presenciar el acto, y para en el caso de que el temor de la agonía, y de la muerte arrancase á la víctima una retractación, impedir que los sacerdotes la arrojasen violentamente en la hoguera.

A pesar de estas precauciones eran muy raras las retractaciones, aun al frente de la hoguera, porque los sacerdotes tenían el mayor cuidado de preparar á la víctima, bien embriagándola con opio, bien fanatizándola con la relación de las recompensas que la esperaban en la otra vida en premio de su sacrificio. Además sabía muy bien la desgraciada que si la llegaba á abandonar el valor tendría que arrastrar una vida cubierta de oprobio y de miseria.

Despedida y arrojada de la comunión de su casta, no

solamente la nota de infamia quedaba eternamente grabada en su frente, sino que también atraía á su país la peste, la guerra, el hambre y todas las plagas. Es fácil concebir que con tales ilusiones por una parte y por otra con un amor profundo hacia su perdido esposo, hayan marchado á la hoguera con la frente erguida, el rostro sereno y el alma tranquila.

Sin embargo, se veían con frecuencia excepciones de muchas que cedían más bien á la fuerza que á las instancias de los sacerdotes, y que luchaban hasta el último momento contra la violencia de sus verdugos.

Dos hechos entre otros muchos pueden dar una idea del papel que hacían en estas escenas los sacerdotes y los parientes que se apropiaban los despojos de las víctimas. En el año de 1822 en las cercanías de Bombay fué conducida una viuda á la hoguera donde ya estaba colocado el cadáver de su marido. Caminaba con paso firme y rostro sereno. Cuando los oficiales ingleses la preguntaron si se iba á arrojar al fuego voluntariamente.

— Sí, contestó, voluntariamente.

Y se conocía el orgullo que la animaba y su intento



DEFENSA DE PARIS. — Batalla del 19 de enero. — Guardias nacionales del 13º batallón en la barricada de la calle del Calvario en Saint-Cloud.

de confundir con sus palabras á unos cristianos que dudaban de su valor, en los críticos momentos en que los cantos de los sacerdotes exaltaban su heroísmo.

Dada una señal se aproximó la víctima á la hoguera, que empezaba ya á arder, abrazó á sus parientes, se despidió de la concurrencia, distribuyó á sus amigas sus joyas y adornos; y después medio desnuda, animada con las exhortaciones de los sacerdotes y casi empujada por estos, se arrojó á las llamas.

Terrible fué el dolor sin duda, pues al mismo instante intentó salirse. En vano desplomaron sobre la infeliz la pila de leña, desembarazándose de ella salió fuera de la hoguera y se lanzó al río. Los sacerdotes la siguieron y á pesar de la resistencia de los ingleses que estaban presentes, la volvieron á arrojar á la hoguera, cuyas llamas ardían ya con violencia.

Entonces se trabó una especie de lucha entre la víctima y los verdugos. La turba daba terribles aullidos: los europeos pedían que se suspendiese el sacrificio hasta que el magistrado decidiera, y los sacerdotes para cortar esta disputa, levantando á la viuda en sus brazos la lanzaron otra vez al fuego.

Allí la infeliz retoreándose convulsivamente, hacia

cuantos esfuerzos le eran posibles para salir, pero á medida que lograba separarse de aquel círculo de fuego, los sacerdotes la rechazaban arrojándola á la cabeza enormes tizones ardiendo. Sin embargo, su desesperación le dió aun bastantes fuerzas para escaparse en un momento de descuido y correr por segunda vez al río. La rabia de los sacerdotes no conoció entonces límites y arrojándose cuatro de ellos en el río la hundieron con violencia la cabeza hasta el fondo, para ahogar á la víctima.

Solo una compañía de soldados pudo salvar á la desdichada de su horrible suerte... Los principales culpables fueron presos, pero la pobre viuda no sobrevivió á este horrible drama: murió al día siguiente abandonada de su familia y con la maldición de todo un pueblo escandalizado...

Otra viuda joven de 44 años pereció aun más cruelmente. Después de haber logrado escaparse de las llamas, vino un tío suyo á engañarla: la presentó una sábana.

— Yo te ocultaré aquí dentro, la dijo, y te llevaré á tu casa...

— No... no, exclamaba la desgraciada, me quereis

volver á la hoguera, tío mío ¡en nombre del cielo compadeceos de mí!... Abandonaré mi familia, viviré maldita, mendigaré, haré cuanto queráis, ¡pero la vida por piedad! ¡por piedad!...

El tío la convenció, jurándole por las aguas del Ganges que la volvería á su casa. Entonces ella se echó sobre la sábana. Apenas estuvo en ella tendida, cuando el indio ató la sábana como un saco, y volvió á su sobrina á las llamas... Gritó ella, hizo esfuerzos, procuró salvarse de nuevo, pero un sablazo puso fin á aquella escena.

Tal es el sacrificio que con tanta razón es considerado como una aberración del espíritu humano. Esta práctica religiosa no está prevista por su religión; es solo el resultado de algunas combinaciones de los que se dicen intérpretes de la divinidad; de los sacerdotes.

## Un cuento de amores.

## I.

Oíase aun por los aires el eco del toque de silencio que poco antes resonara en el campamento de Isabel, y al bullicio de los soldados y al estrépito de las armas había sucedido un profundo reposo, que solo alteraba de vez en cuando el alerta de los centinelas; grandes fogatas de trecho en trecho con seca leña daban pábulo á las llamas, reflejando en las tersas armaduras de los soldados que en torno aguardaban la hora de prestar el servicio que les estuviera señalado; era la noche apacible y serena, y la luna que plateaba la helada Sierra Nevada semejaba á una lámpara que se mecía en la celeste bóveda. Un jóven de gallarda estatura estaba en pie á la puerta de una tienda y dirigía ansioso sus inquietas miradas hácia la bella Granada, donde el arrogante moro se enseñoreaba; notábase en su rostro é impacientes ademanes el desasosiego que reinaba en su alma, y lanzando un profundo gemido se dejó caer sobre un asiento.

— Dos días, dijo, se han pasado, ¡oh Alfonso! sin que hayas visto á la hermosa Celina, y antes de que esta noche la veas se han de pasar algunas horas, que hallarás tan lisongeras como cortas las que pases en su compañía, y no obstante, el mismo espacio de tiempo tienen unas que otras; mas al lado de Celina pasa el tiempo para mí con la misma presteza que se sumerge en los abismos el agua que se despeña de los elevados torrentes. Y ¿cómo no ser así estando al lado de la candorosa Celina, de la tímida y honesta musulmana que como yo creo la existencia de un Ser omnipotente, y que no es el profeta á quien ella venera, porque es virtuosa, porque es la creencia de sus padres, y porque es la sola que le han enseñado desde la niñez? Pero yo espero que en breve lucirá el dichoso día en que adjurando los errores de su secta, abrazará la religión santa, única verdadera de ese Ser omnipotente á quien aun no conoce, y entonces... pero ¿quién va?

— Vuestro fiel Hernando, señor.

— Que al momento apresten un caballo de batalla, el brioso, incansable; que entre el jóven Bermudo; y tú, Hernando, prepárate á seguirme.

— Señor, voy al punto á obedeceros; pero disimulad al cariño que os profeso y á mi lealtad, os haga presente que los moriscos están alarmados, y acaso esta noche...

— Basta, agradezco el aviso; el leal Hernando puede quedarse, pero Alfonso debe ir esta noche á Granada, y acompañado ó solo irá. ¿Lo habeis oído? Ejecutad mis órdenes. Celina me guarda esta noche, y por mí arriesga su vida; yo le he dado palabra de ir y la cumpliré. Si el cielo me depara algun encuentro con los moriscos, no será la primera vez que el brazo de Alfonso, movido por el brazo de Dios, ha triunfado de sus enemigos. Dame, Bermudo, el casco de la pluma negra, el escudo de campo liso y la lanza de los combates.

— Ya, señor, nos aguardan los caballos, dijo desde la puerta el sumiso Hernando, abarcando con su nerviosa mano una gruesa lanza.

— ¡Hola! parece que el buen Hernando quiere venir á Granada; bien, yo acepto su compañía: y si nos encontramos con los moriscos...

— En ese caso, señor, Hernando probará no temer otra cosa sino el peligro que corra su señor.

— Hernando, nunca he dudado del cariño que me profesas, ni del valor que te anima en mi defensa; pero ya es hora de partir. Bermudo, cuento con tu discreción durante mi ausencia...

Dijo Alfonso entrándose el escamoso guantelete, y calándose la visera se encaminó donde estaban los caballos; salta ligero sobre el fogoso alazan haciéndole doblegar bajo el peso de su armado cuerpo, y picándole los flancos desaparece con la velocidad del corzo.

## II.

En un gracioso templete, sostenido por cuatro columnas, elevado en el centro de un gabinete cuyas paredes adornaban caprichosos arabescos, una jóven recostada en ricos almohadones respiraba el aroma de variados perfumes que ardían en lindos pebeteros; su negra cabellera se ocultaba en los pliegues de un airoso turbante: sus hermosos ojos árabes lanzaban penetrantes miradas y su esbelto cuerpo lo cubría una larga túnica de brocado, dejando entrever un lindo pié encerrado en una linda chinela; á su lado otra jóven mora á cuya belleza solo aventajaba la de Celina, pulsaba con torneada mano las flexibles cuerdas de un sonoro instrumento, á cuyos dulces sonos unía la armonía de su voz embelesadora.

— Cesa, oh querida Zora, cesa en molestarme, pues el corazón de Celina solo da entrada al pesar y á negros presentimientos; ya es pasada la hora en que debía venir Alfonso, y no parece; mil fantasmas sangrientas se presentan á mi imaginación, y preveo un funesto porvenir. ¡Oh Alfonso! ¡Alfonso! ¿dónde estás?

— A tus piés, y vengo de nuevo á ofrecerte mi corazón, ángel mio, dijo Alfonso saliendo por una puerta secreta que contenía una de las columnas.

— ¡Alfonso!... ¡Alfonso!... fueron las solas palabras que pudo articular la sensible Celina, y abundantes lágrimas corrieron de sus hermosos ojos.

— ¿A qué ese llanto, mi bien, héme á tu lado decidido á arrostrar los mayores peligros y á defenderte hasta perder una vida que lejos de tí me es enfadosa?

— Este llanto, Alfonso, es hijo del corazón, y ya es para mí imposible verte y no llorar; ¡es de tanto alivio á un corazón oprimido el llorar!

— Celina, ¿mi presencia excita tus lágrimas? ¿acaso merece?...

— No, no: tu amor es digno de recompensa; ¡mas qué recompensa podrá dar Celina, la hija del poderoso Muley, al intrépido Alfonso, caudillo de huestes castellanas, al mas encarnizado enemigo del musulman, á aquel cuyo triunfo está cifrado en la ruina de la que ama, y que acaso derramará la sangre de su padre ó su hermano!...

— Celina, por piedad, no destroces mi corazón con un porvenir cuya idea me estremece: te amo, sí; pero antes de amarte era cristiano.

— ¡Ah! ¿por qué no nacimos bajo un mismo clima? ¿por qué una misma no fué la religión de los dos? Entonces podríamos amarnos á la faz del mundo, y un santo lazo nos uniría hasta el sepulcro; pero no, tú no debías nacer musulman; Celina sí debió nacer cristiana. ¡Ah! ¡cuán dichosa sería entonces!

— Aun puedes serlo.

— ¡Dichosa!...

— Sí, aun hay un medio.

— ¿Cuál?

— El de hacerte cristiana.

— ¡Hacerme cristiana! yo lo deseo; ¡me has pintado tan dulce tu religión!... Pero huir de los míos... abandonar á un padre que moriría de dolor por la fuga de su hija... jamás, jamás seré el instrumento de la muerte del autor de mis días.

— ¡Jamás!... ¡con que Celina nunca será de Alfonso! ¿Y tú me amas? no: nunca me has amado.

— Sí, Alfonso, Celina te ama y te amará...

— Me ama, me amará y nunca será mía... no: nunca me amó.

— ¡Alfonso! ¡Alfonso! esa duda es para mí un suplicio: te amo y...

— Pronto, Celina, pronto remedio, pues peligra la vida de Alfonso, dijo saliendo sobresaltada la jóven Zora.

— ¿Y quién conspira contra ella? repuso Celina con indignación: ¿quién es el atrevido?...

— Almanzor.

— ¡Mi hermano!

— Sí, el fiel Alí acaba de decirme: Almanzor sabe que un cristiano ha penetrado por la oculta cueva, y le busca acompañado de los suyos.

— Adios, Celina, dijo Alfonso tirando de la espada y dirigiéndose á la columna.

— Detente, Alfonso, tu muerte es cierta si te encuentran, son muchos y... Zora, corre y que en el momento entre Muley.

— ¡Muley!...

— Sí, pronto, que venga, es generoso, y no verá en Alfonso sino una víctima de la traición: querido Alfonso, baja por esa escalera, dijo tocando al resorte de una losa.

— Bajar, no; aquí esperaré los viles asesinos: que venga Almanzor con los suyos, y mi espada me abrirá camino.

— Alfonso, por piedad, baja, yo te lo ruego: si no puedo salvarte moriremos juntos; pronto, que alguien viene. ¿Sois vos, Muley? dijo Celina que había cerrado la trampa, arrojándose á sus piés.

— Alzad, señora.

— No, valeroso Muley; no me levantaré hasta que me hayas concedido esta gracia.

— Juro por el Profeta, que la mas pequeña insinuación vuestra será para mí una orden inviolable.

— Muley, siempre he sido sorda á vuestros ruegos; vos me amais porque no habeis prometido antes amar á otra; pero Celina lo había prometido ya cuando Muley se lo dijo; y Celina jamás abrigará un corazón falso, ni faltará á sus promesas; hé aquí el motivo que me priva de recompensar vuestro amor.

— Señora, culpa es de mi estrella y no vuestra.

— Escuchad: si es cierto que me amais; si alguna vez me habeis amado, librad de la muerte al amante de Celina; el implacable Almanzor le busca con los suyos para inmolarle.

— ¿Qué causa?

— No es musulman.

— ¡No es musulman!... ¡un enemigo!...

— Si ese enemigo deja de existir, Celina morirá; es hoy resuelta; un veneno...

— ¡Qué horror, señora!

— Libradle.

— ¡Un cristiano!...

— A un cristiano debeis vuestra vida, acordaos...

— Bien, le salvaré: ¿dónde está?

— Recordad que si muere dejaré de existir, y jamás podreis libraros del borron que caería sobre vos si entregáseis á un hombre solo á sus verdugos.

— Yo le acompañaré hasta su campo, y sin hollar mi cadáver nadie le ofenderá, os lo prometo.

Bajó Celina precipitadamente la escalera y volvió seguida de Alfonso.

— ¿Qué veo? exclamó Muley, es el generoso cristiano á quien debo mi vida y mi libertad.

— Te engañas, sarraceno; no soy sino el enemigo á muerte de los musulmanes.

— Sí, pero solo en el ardor de la pelea; pasada esta sois el que alivia la suerte de los desgraciados; sin saber que érais vos había prometido salvaros ó morir y lo cumpliré; marchemos.

Un ruido de armas que se oyó entonces hizo caer á Celina desmayada en los brazos de Zora; Alfonso se dirige á ella, Muley se interpone, y le dice:

— Alfonso, yo la amo; ella os ama y voy á salvaros la vida...

— Partamos, dijo el impetuoso Alfonso y desaparecen.

## III.

Ondeaba en las torres de la Alhambra el pendon real de Castilla; los moriscos habían sucumbido al valor de las armas cristianas, y la gran mezquita ya santificada se había erigido en templo del Altísimo, cuando la mañana de un hermoso día discurría por la plaza de Vivarambla, con dirección al templo, una numerosa y brillante comitiva: en ella se veían los esclarecidos timbres de los Córdovas, Laras, Aguilares, Garcilasos y los de otros muchos esforzados campeones que ayudaran á los Reyes Católicos en tan gloriosa empresa; y que vestidos de ricas y lucientes armaduras, adornados los cascos de vistosas plumas, con sus alegres y animados semblantes presentaban un grandioso espectáculo; precedían estos á un caballero anciano, cuyo porte mesurado y cabello blanco, á la par que infundía respeto y revelara el imperio de los años, formaba un contraste singular con las risueñas fisonomías y soltura de los jóvenes paladines. Llegado que hubieron al templo, salió á recibirlos el venerable prelado acompañado de sus prestes, y fuéronse colocando en magníficos escaños; un numeroso concurso ocupaba las naves de la iglesia, y ante el altar se veían arrodillados una jóven cubierta con un largo velo, y un caballero cuyo pecho cruzaba una banda roja. Llegóse el prelado á la jóven, y despues de algunas ceremonias echó agua sobre su cabeza: en seguida tomó la mano del caballero, la juntó con la de la jóven, profirió varias palabras, y les echó la bendición. Concluida la ceremonia, Celina se llamaba Isabel; Isabel era esposa de Alfonso.

J. DE URRÓZ.

## Poesía.

## LA MUERTE.

Bella es la luz de la naciente aurora  
Que iluminando al mundo se derrama,  
Bella es de ese fanal la inmensa llama  
Cuando muere apagándose en el mar.  
Bello es el mundo en su agitar violento  
Con sus pueblos inmensos y sus mares,  
Con sus regios festines y cantares  
Ahogando entre sus risas el pesar.  
Bello es vivir y entre placeres ciento  
Deslizarse el aura de la vida  
En el placer el alma adormecida  
Sin mirar el lejano porvenir.  
Pero en breve á la vista desaparece  
Cual humo leve la ilusión mundana,  
Y el lúgubre clamor de una campana  
Nos recuerda la hora del morir.  
Entonces nuestra imbécil fantasía  
Con la imágen de un Dios tal vez se asombra,  
O nos dibuja entre la oscura sombra  
Fantasmas mil de aterrador poder.  
Y al seno de los báquicos festines  
A que se entrega el indolente mundo,  
Lleva el eco el clamor de un moribundo  
Para quien cesa el terrenal placer.  
Y el ruido de la tumba que se cierra  
Es el paso primero del olvido,  
Y ahoga tal vez el postrimer gemido  
Del que llorar en rededor pensó.  
Y vuelve el mundo á su agitar violento,  
Y torna su placer tras su pesar  
Cual de una nave el surco sobre el mar  
Borra otra nave que despues pasó.

Breve resbala la vida  
Sobre la frente del hombre,  
Dejando solo su nombre  
Por recuerdo del vivir.  
Que cada aurora que pasa  
Y que ilumina su frente  
Viene á robarle inclemente  
Una parte de existir.  
Y aun en su arrogancia loca  
El hombre misero ansia  
Que breve resbale un día

Tras otro día quizá,  
 Y maldiciendo del tiempo  
 Y su tardanza importuna,  
 Ve sin esperanza alguna  
 Pasar la vida fugaz.  
 Y cuando llega la muerte  
 Con su rostro descarnado,  
 Se revuelve acojido  
 En su lecho de dolor.  
 Y llora el tiempo perdido  
 Como perdido tesoro,  
 Lloran el avaro su oro,  
 Lloran la virgen su amor.  
 Lloran reyes las coronas  
 Que se cñeron apenas,  
 Y los siervos sus cadenas  
 Lloran perdidas también:  
 Que todos mientras vivieron  
 Entre el llanto y el placer  
 Se acordaron del nacer,  
 Mas ninguno del morir;  
 Hasta que la mano helada  
 De la muerte al hombre avisa  
 Que en polvo como el que pisa  
 Se tiene que convertir.  
 Que es el mortal leve sombra,  
 Que formándose en el cielo,  
 Se retrata sobre el suelo  
 Con misterioso color.  
 Y cual de nada formado,  
 Cuando en el mundo aparece  
 Se dibuja y desaparece  
 Con el soplo del Señor,

Será ver llegar un día  
 En que al son de una trompeta  
 Levanten los muertos hombres  
 La descarnada cabeza.  
 En que abiertos los sepulcros,  
 En que las tumbas abiertas  
 Rueden rotos los trofeos  
 De la terrenal grandeza.  
 En que aparecen iguales  
 A los grandes de la tierra  
 Los que arrastraron su vida  
 Entre el lodo y la miseria.  
 Será ver á los tiranos,  
 Entre sombras que los cercan,  
 Con roja sangre manchada  
 La mal ceñida diadema.  
 Será ver á los guerreros,  
 Que asombrarán á la tierra,  
 Con los vencidos alzarse  
 Confundidos de la huesa.  
 Será ver los hombres todos  
 Del señor en la presencia  
 Sentir el fatal instante  
 De la divina sentencia:  
 Y el justo Dios en el cielo,  
 Cercado de gloria inmensa,  
 Juzgando de tanto crimen  
 Y tanta humana flaqueza.  
 Y será, en fin, ver al mundo  
 Tocar en su hora postrera  
 Moribundo, sin festines,  
 Sin sol, sin luna, ni estrellas.

J. B. DELGADO.

**Antigüedades.**

**COSTUMBRES EN EL SIGLO XV Y XVI.**

A medida que las naciones avanzan en la carrera de la civilización, á medida que las artes y las ciencias perfeccionándose mas y mas dulcifican las penalidades inherentes á la vida, las costumbres pierden el carácter feroz y grosero de que estaban cubiertas, y los hombres se unen con lazos mas indisolubles; nuevas simpatías aumentan sus mútuos intereses y los pueblos adquieren una fuerza moral mucho mas respetable que la fuerza física y brutal de que gozaban en su primer estado. El hombre saliendo de la oscuridad en que se hallaba sumido y sacudiendo el denso velo que eclipsaba sus sentidos, conoce la misión que está destinado á ejercer en su viaje sobre la tierra, conoce que no ha de vegetar

como las plantas, que no ha de vivir con el solo instinto como los brutos, sino que debe amenizar su propia existencia y la de sus semejantes, estudiar cuantos objetos le rodean, y hacerse en un todo digno del grandioso ser á quien debe sus días. Tal ha sido la marcha que todos los pueblos han observado sin distinción, desde que abandonando los hombres el estado salvaje se reunieron en sociedad; desde aquel instante conocieron sus necesidades y empezaron á disminuir los medios de satisfacerlas. Desde luego formaron albergues que los guareciesen de la inclemencia; tuvieron igualmente su religión mas ó menos conforme á los principios naturales, establecieron un gobierno, formaron unas leyes, y crearon un ejército que los protegiese de la ambición de los extraños, y de las turbulencias que pudieran promover los enemigos interiores.

Pero las necesidades crecían á medida que las nacientes sociedades aumentaban su población; el crimen empezaba á ostentar su deformidad, la guerra desolaba los pueblos, la ambición daba origen á nuevas calamidades, y el gobierno carecía de la fuerza suficiente para contener estos males; la diferencia entre nobles y pecheros era conocida; aquellos aspiraban al poder supremo, estos deseaban igualarse con los nobles, produciendo esta rivalidad una continua lucha entre las dos clases mas poderosas.

Sin embargo, en medio de esta agitación universal, las naciones marchaban aunque lentamente hácia la civilización; las costumbres bárbaras de la primera edad iban desapareciendo; se establecía el equilibrio en todas las clases del Estado; el amor á la agricultura y á las artes se hacia general; y los hombres cultivando sus razones sacaban á las ciencias de la insondable nada en que se hallaban sumidas. En todas partes se habia establecido un gobierno mas justo y mas en armonía con los intereses del pueblo; habia, es cierto, abusos, pero ningun soberano pretendia tiranizar á sus súbditos. Todos los reyes anteriores á Carlos V respetaron los fueros de los españoles; Isabel I miró siempre con la mayor consideración los privilegios de las Cortes castellanas; Fernando el Católico no pudo jamás abolir el cargo de justiciero mayor de Aragon, el cual se creía autorizado para juzgar á los reyes; los soberanos de Inglaterra no podían hacer leyes ni gravar á los pueblos con nuevos impuestos, sin anuencia del Parlamento; las coronas de Hungría, Bohemia y la mayor parte de las del Norte eran electivas; solo la Francia se habia constituido en Estado puramente monárquico desde el reinado de Luis XI. Las leyes tan despreciadas mientras el régimen feudal habia gravitado sobre la Europa, recobraban su imperio, y en todas las naciones se veía un sistema fijo de gobierno, y una marcha constante hácia el progreso.

En despecho de la humanidad y contra el torrente de las luces que arrastraba en su corriente las antiguas preocupaciones y envejecidos abusos, aun subsistía en los siglos XV y XVI el uso de los duelos; inútiles habian sido los anatemas lanzados contra ellos desde la corte de Roma; un falso pundonor y mas que todo la superstición y el fanatismo que aun reinaba entre la nobleza, eran vallas formidables que se oponían á su completa desaparición; la mayor parte de los obispos los toleraban en su diócesis, y llegaba á tan alto grado el extravío de la opinion, que muchos señores salían de sus dominios para buscar en países extranjeros un duelo solo con el objeto de adquirir una falsa celebridad.

El ejército y el arte de la guerra eran en un todo diferentes á los nuestros; los soldados se armaban con lanzas de diez y ocho piés de altura; los arcabuces se habian hecho ya indispensables para destruir las murallas de acero con que iban cubiertos los *hombres de armas*, que combatían tan pronto á pié como á caballo; la infantería española y alemana era la mas temida y la que tenia mas instruccion y disciplina.

La guerra, ocupación favorita y aun necesaria en aquella época, no permitía á los jóvenes dedicarse á las ciencias; el clero únicamente podía consagrarse á ellas, razon por la cual en todas las naciones sus individuos ocupaban los primeros cargos del Estado. En España el cardenal Jimenez es regente del reino, despues de la muerte de Isabel, y vestido siempre con el hábito franciscano rige el destino de la nación y pone todo su conato en abatir el orgullo de los españoles; Carlos V hace su ministro al cardenal Adriano; en Francia el cardenal Amboise gobierna bajo el reinado de Luis XII; Francisco I toma por primer ministro al cardenal Duprat; Enrique VIII está sometido durante veinte años al cardenal Wolsey; Flandes se ve gobernado por el cardenal Granvelle; y en Hungría, bajo el reinado de Fernando, hermano del emperador Carlos V, el cardenal Martinusins se apodera del gobierno.

La Francia, encargada en los tiempos modernos de la dirección de las modas, ejercía también el mismo cargo en aquella época, y los antiguos afectaban una vana ostentación en vestir á la francesa. El pibon y el ferreuelo era el traje admitido en la corte; los magistrados usaban generalmente la ropa talar, y los comerciantes gastaban un vestido sencillo que llegaba á la mitad de la pierna. En tiempo de Luis XII se forraban los trajes con telas preciosas bordadas de oro y plata, tejidas en Italia, pero fueron prohibidas por Francisco I; en el reinado de Enrique II solo era permitido á los obispos el uso de los trajes de seda, y los príncipes y princesas usar vestidos encarnados de seda ó de lana.

El deseo de inspirar mayor respeto á sus súbditos obligó al papa Julio II á dejar crecer su barba; idea que fué adoptada por todos los soberanos, imitándola bien pronto los cortesanos, que en todas épocas y en todas las naciones han sido siempre los mismos. E. V.

**La batalla del 19 de enero.**

Antes de dar aquí las explicaciones especiales que exigen nuestros grabados, sobre los diferentes combates del 19 de enero, hé aquí la série de partes oficiales publicados por el gobierno:

Monte Valeriano á las 10 y 10 m. de la mañana.

*El gobernador al ministro de la Guerra y al general Schmitz.*

Concentración muy difícil y calmosa durante una noche oscura.

La columna de la derecha ha sufrido un retraso de dos horas. Su cabeza entra en línea en este momento. Las casas Béarn, Armengaud y Pozzo di Borgo ocupadas inmediatamente. Largo y vivo combate al rededor del reducto de Montretout, del que nos hemos apoderado. La columna Bellemare ha ocupado la casa del Cura y penetrado por una brecha en el parque de Buzenval. Se mantiene en el ponton 112, la meseta 153, el castillo y las alturas de Buzenval. Va á atacar la casa Craon. La columna de la derecha (general Ducrot), sostiene un vivo combate de fusilería hácia las alturas de la Jonchere. Todo marcha bien hasta ahora.

Monte Valeriano á las 10 y 30 m. de la mañana.

*El oficial de ordenanza al ministro de la Guerra.*

Hemos ocupado Montretout á las diez. La artillería recibe el órden de ocupar la meseta inmediata y de tirar contra Garches. Bellemare que ha entrado en Buzenval ataca ahora hácia la Bergerie. Tiroteo muy vivo; niebla densa, observaciones muy difíciles. No he oido aun un cañonazo prusiano.

A las 10 y 50 m. de la mañana.

*El gobernador al ministro de la Guerra y al general Schmitz.*

Una niebla en extremo densa me prohíbe absolutamente ver las fases de la batalla. Los oficiales de ordenanza encuentran difícilmente las tropas. Es muy sensible y me es muy difícil concentrar la acción como lo habia hecho hasta aquí. Combatimos entre las tinieblas.

Por copia conforme,  
 SCHMITZ.

*El almirante comandante del sexto sector, al general Le Flo.*

A la caída de la tarde nuestras tropas, en vista del sexto sector, ocupan á Montretout con la artillería, las alturas que dominan á Garches y una parte de Saint-Cloud á la derecha.

Fuertes reservas están descansando desde el medio día en los contrafuertes de Garches y de la Fouilleuse, hácia el Sena. Las últimas órdenes del gobernador, que estaba en el Monte Valeriano con el general Vinoy, para el tiro de los bastiones, son de disparar energicamente contra el parque de Saint-Cloud y el valle de Sevres, encima del cual se eleva desde hace dos horas una espesa humareda.

Por copia conforme,  
 JULIO FAVRE.

A las 6 de la tarde.

La batalla trabada al frente del Monte Valeriano dura desde esta mañana. La acción se extiende desde Montretout á la izquierda, hasta el barranco de la Celle-Saint-Cloud, á la derecha.

Tres cuerpos de ejército, sumando mas de cien mil hombres provistos de una poderosa artillería, están combatiendo con el enemigo. El general Vinoy á la izquierda, sostiene Montretout y se bate en Garches; el general de Bellemare y el general Ducrot han atacado el terraplen de la Bergerie y combaten varias horas hace en el castillo de Buzenval. Las tropas han desplegado la mayor bravura y la guardia nacional movilizada ha mostrado tanta firmeza como ardor patriótico.

El gobernador, comandante en jefe, no ha podido

comunicar aun los resultados definitivos de la jornada. Tan luego el gobierno los reciba, los notificará á la población de París.

El ministro del Interior interino,  
JULIO FAYRE.

A las 8 y 40 m. de la noche.

El comandante superior de los guardias nacionales al jefe de Estado mayor general.

Tan solo la noche ha podido poner un término á la sangrienta y honrosa batalla de hoy. La actitud de la guardia nacional ha sido excelente. Honra á París.

El general CLEMENTE THOMAS.

A las 9 y 50 m. de la noche.

La jornada, felizmente empezada, no ha tenido el resultado que podíamos esperar.

El enemigo, que habíamos sorprendido por la mañana por la prontitud de nuestra empresa, ha hecho converger á la caída de la tarde sobre nosotros, masas enormes de artillería con sus reservas de infantería.

Hacia las tres, la izquierda vivamente atacada ha cedido. Despues de haber dado la órden de mantenerse con firmeza me he trasladado á la izquierda, y á la entrada de la noche se ha podido pronunciar un nuevo ataque de nuestro lado. Pero llegada la noche, continuando el fuego del enemigo con extrema violencia, nuestras columnas han debido retirarse de las alturas que habian ganado por la mañana.

El mejor ánimo no ha dejado de animar á la guardia nacional y á la tropa, que han dado pruebas de valor y de energía en esta larga y encarnizada lucha.

No puedo saber aun el número de nuestras pérdidas. Por los prisioneros sé que las del enemigo son muy considerables.

El gobernador de París,  
General Trochu.

— El día 20 publicó el periódico oficial los documentos siguientes :

El gobernador no ha recibido aun todos los partes de los comandantes de columna sobre la jornada de ayer; sin embargo, cree poder dar desde ahora una noticia general de las operaciones que se han hecho el 19 de enero.

El ejército estaba dividido en tres columnas principales, compuestas de tropas de línea, de guardia móvil y de guardia nacional movilizadas incorporadas á las brigadas.

La columna de la izquierda, á las órdenes del general Vinoy, debía tomar el reduto de Montretout, las casas de Béarn, Pozzo di Borgo, Armengaud y Zimmermann.

La columna del centro, mandada por el general Bellemare, tenia por objetivo la parte Este del terraplen de la Bergerie.

La columna de la derecha, á las órdenes del general Ducrot, debía operar contra la parte Oeste del parque de Buzenval, al mismo tiempo que debía atacar á Longboyau, para dirigirse hácia la yeguería de Lupin.

Todas las vías de comunicacion que se tocan con la península de Gennervilliers, comprendidos los ferrocarriles han sido empleadas para la concentracion de fuerzas tan considerables; y como el ataque debía empezar desde la mañana, la derecha, que tenia que hacer un camino muy largo (12 kilómetros), en medio de la noche, por una vía férrea obstruida y por una carretera que ocupaba una columna de artillería extraviada, no pudo llegar al punto de reunion sino cuando habia empezado el ataque por la izquierda y el centro.

A partir de las once de la mañana, el reduto de Montretout y las casas indicadas anteriormente, habian sido conquistadas al enemigo que dejó en nuestras manos 60 prisioneros.

El general de Bellemare, despues de haberse apoderado de la casa llamada del Cura, habia llegado á la cumbre de la Bergerie, pero esperando que apoyasen su derecha, tuvo que emplear una parte de su reserva para mantenerse en las posiciones de que se habia apoderado.

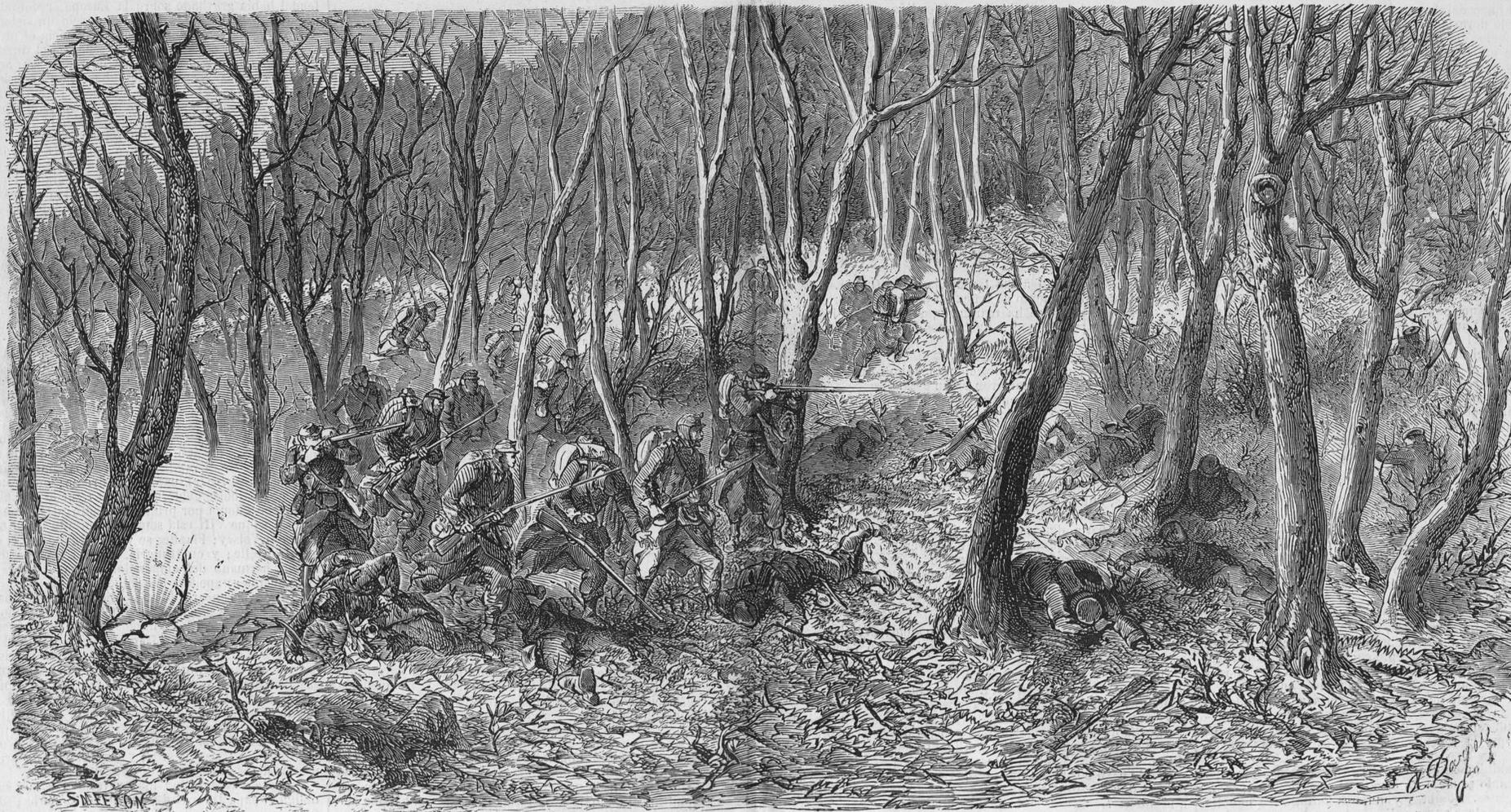
En este intervalo entraba en línea la columna del general Ducrot. Su derecha, establecida en Rueil, fué cañoneada desde el otro lado del Sena, por baterías formidables que batieron la artillería que tenia á su disposicion y el Monte Valeriano.

La accion se trabó vivamente hácia la puerta de Longboyau, encontrando una resistencia encarnizada, detrás de los muros y casas almenadas que bordan el parque. Por varias veces consecutivas el general Ducrot llevó al ataque las tropas de línea y la guardia nacional, sin poder ganar terreno de este lado.

Hacia las cuatro de la tarde un ataque ofensivo del enemigo, entre el centro y la izquierda de nuestras posiciones, ejecutado con una violencia extrema, hizo retroceder á nuestras tropas, que sin embargo volvieron á la carga hasta el fin del día. La cumbre fué conquista-



DEFENSA DE PARIS. — Tropas del general Bellemare marchando del caserío de la Fouilleuse á Buzenval.



DEFENSA DE PARIS. — Guardias nacionales y guardias movilizadas combatiendo en los bosques de la Juchere.

da nuevamente, pero llegaba la noche y la imposibilidad de llevar artillería para construir un establecimiento sólido en terrenos accidentados, detuvo nuestros esfuerzos.

En esta situacion se hacia peligroso esperar en las posiciones tan caramente conquistadas, un ataque del enemigo que reuniendo fuerzas de todas partes no debía de faltar lo mas tarde á la mañana siguiente. Las tropas estaban fatigadas por doce horas de combate y por las marchas de las noches precedentes, empleadas en ocultar los movimientos de concentracion; entonces se retiraron á las trincheras entre las casas Crochard y el Monte Valeriano.

Nuestras pérdidas son serias; pero segun el relato de los prisioneros prusianos, las del enemigo son considerables. Así debía ser, despues de una lucha encarnizada que empezada con el alba, no habia terminado á la noche entrada.

Es la primera vez que se ha visto reunido en un mismo campo de batalla, en campo raso, soldados de línea y grupos de ciudadanos marchando contra un enemigo atrincherado en posiciones tan difíciles; la guardia nacional de París divide con el ejército el honor de haberlas afrontado con valor, á costa de sacrificios de que el país les quedará profundamente agradecido.

Si la batalla del 19 no ha dado los resultados que podia esperar París, es uno de los sucesos mas considerables del sitio, uno de los que atestiguan claramente la virilidad de los defensores de la capital.

El gobernador al general Schmitz.

A las 9 y 30 m. de la mañana.

La niebla es muy densa. El enemigo no ataca. He hecho replegar hácia atrás la mayor parte de las masas que podian ser cañoneadas desde las alturas; algunas á sus primitivos cantones. Ahora es necesario y urgente parlamentar en Sevres para un armisticio de dos dias, que permita recoger los heridos y enterrar los muertos.

Para esto será preciso tiempo, esfuerzos, coches sólidamente enganchados y muchos brazos. No perdais un minuto para obrar en este sentido.

#### ORDEN GENERAL.

El comandante superior de la guardia nacional rinde con orgullo público homenaje, por la órden del día, al valor de que han dado pruebas los regimientos de París que tomaron parte en la batalla del 19 de enero. Ha tenido la satisfaccion de oírlo alabar en el terreno por los diversos jefes del ejército á cuyas órdenes han combatido estos regimientos.

Entrados en accion desde el alba, han sostenido con ardor una lucha que el estado de la atmósfera hacia mas difícil, hasta una hora avanzada de la noche en que solo ha terminado el combate.

No habiendo aun recibido de los jefes de los cuerpos los informes necesarios, el comandante superior no puede comunicar hoy los nombres de los oficiales, subalternos y guardias que han sueumbido, ó de los que se han distinguido particularmente.

Pero desde hoy, no titubea en pronunciar esta frase que repetirá la Francia en masa: « En la jornada del 19 de enero la guardia nacional de París, como el ejército y la móvil, ha cumplido dignamente con su deber. »

El comandante superior,  
CLEMENTE THOMAS.

#### EXPLICACION DE NUESTROS GRABADOS.

LA BARRICADA DE LA CALLE DEL CALVARIO EN SAINT-CLOUD

La barricada de la calle del Calvario en Saint-Cloud representa uno de los principales recuerdos de la batalla del 19 de enero.

El 6º regimiento de la guardia nacional compuesto de los batallones 111, 113, 114 y 115, que formaban parte del ala izquierda mandada por el general Vinoy, salió de París el jueves á las tres de la madrugada con direccion á Suresnes y á Saint-Cloud.

El batallon núm. 112 penetró al punto en Saint-Cloud, donde los prusianos, diseminados en las calles ó amparados por las almenas de las casas, opusieron la mas viva resistencia. Sin embargo, los valientes nacionales llegaron hasta la iglesia é hicieron un prisionero que entregaron al capitán Gissel-Brec.

Los tiradores del 113 se apoderaron casa por casa de toda una calle. Algunos de ellos, encaramados en una pared, dirigian al enemigo un fuego terrible, en tanto que sus compañeros al abrigo cargaban las armas. Los prusianos respondieron vigorosamente, pero sin alcanzar á ninguno.

En las casas los guardias nacionales siempre encontraban algo. Aquí habia cascos, allí pan blanco, allí frijoles, ternera, carnero y aves.

Hasta las doce del día siguieron combatiendo en las

calles, y dos horas despues habian logrado levantar algunas barricadas para guarecerse de los ataques.

Delante de una de ellas sucumbió un jóven de 18 años llamado Lecomte, y su capitán M. Dandé, que no queria dejarle en poder de los prusianos, expuso tambien su vida por ir á buscarle y le trajo á hombros. Aquella gloriosa barricada demostró lo que podia esperarse de la guardia nacional parisiense.

#### GUARDIAS NACIONALES Y MOVILIZADOS.

La opinion sobre este punto es general en todas las filas del ejército que combatió el 49. Los soldados de línea y los movilizados reconocieron unánimemente el vigor y la intrepidez con que los ciudadanos soldados contribuyeron al éxito de la jornada. Ahora que ya han cesado las hostilidades, nuestro grabado consagrará con un recuerdo vivo el valor que desplegaron en comun los soldados, los movilizados y los guardias nacionales que pelearon por la santa obra de la defensa de la patria, obra que con otros jefes habria dado otros resultados.

#### EL CASERÍO DE LA FOUILLEUSE.

La Fouilleuse recuerda tambien otro de los puntos importantes de la jornada del 49.

Es un hermoso caserío perteneciente á la lista civil, situado entre el Monte Valeriano y la Bergerie, objetivo principal de las operaciones emprendidas en aquel último ataque de la defensa parisiense.

Los regimientos que formaban parte del cuerpo de Bellemare ocuparon al instante aquel caserío, y desde las doce del día la Fouilleuse era el punto ocupado por las reservas del centro. Allí tambien se concentraba una gran parte del servicio de las ambulancias, y podemos decir que el puesto era peligroso.

A eso de las tres pasaba por el caserío de la Fouilleuse una magnífica cocina ambulante norte-americana con tres marmitas, café, té y caldo. Dos caballos soberbios la llevaban al galope. Pero de repente cayó sobre ella una bomba y la hizo mil pedazos.

#### LAS LOCOMOTORAS BLINDADAS.

Tambien se utilizaron aquel día y sus proyectiles inquietaron gravemente á la batería prusiana encargada de oponerse al movimiento del ala izquierda que mandaba el general Ducrot.

Hay locomotoras blindadas en las tres líneas de Orleans, del Norte y del Oeste. La del Oeste, que representamos, se comenzó en Meudon, se terminó en casa de Cail y se armó sobre la línea del Oeste. El comandante Pothier dirigió la construcción. Esa masa ambulante, que recuerda los monstruos del Apocalipsis, tiene un peso de 35,000 kilogramos. Sus trece troneras vomitan proyectiles por medio de cañones y ametralladoras que manejan artilleros completamente al abrigo del enemigo. El blindaje de la locomotora y de los wagones está á prueba de bomba.

Siete centímetros de grueso tiene este blindaje que rodea y cubre toda la enorme máquina. Estas locomotoras llevan rejillas fumívoras en vez de chimeneas, y el poco humo que sale se escapa por los intersticios de la envoltura.

Mucho ha llamado la atención este nuevo instrumento de guerra; pero la campaña actual no puede permitirnos apreciar aun los resultados que naturalmente deben obtenerse.

H. V.

### Escenas de la vida inglesa.

#### EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 941.)

¿No era mas probable que el corresponsal habia sido engañado por falsas apariencias?

Gracia era tan noble que no admitia la posibilidad de una trama urdida por la envidia ó por el odio.

Al cabo de muchas horas de tortura la jóven se preguntó qué debia hacer.

Su primera idea fué tratar de descubrir la verdad, sin que lo supiera Enrique; pero luego se le ocurrió otra: pensó que era mejor apelar á la lealtad del jóven y pedirle una explicacion franca y categórica.

Aquel dolor era para ella una leccion provechosa. Ya sabia lo que eran los celos; ya reconocia que Enrique habia tenido razon de pedirle que despidiera á Coventry y ella se prometia exigir que él se separase de Jael.

Tomada esta resolucioin vivió en la zozobra esperando la visita de su futuro.

Enrique se presentó el día siguiente, pero ella habia salido. Preguntó al lacayo si habia dejado algun recado, y el lacayo contestó que habia parecido muy contrariado, pero que se retiró diciendo:

— Quizás debo alegrarme.

Esto fué un nuevo golpe. Gracia vió en estas palabras una relacion misteriosa con los hechos alegados en la carta anónima y pasó la noche llorando.

En la mañana siguiente resolvió salir al encuentro á la explicacion yendo en persona á la fábrica. Quería ver los lugares, examinar el cuarto en donde Enrique pasaba horas enteras con Jael y allí le haria comprender que el hombre á quien amaba debia ponerse al abrigo de toda sospecha ó renunciar á ella para siempre.

— Si resiste, se dijo, sabré morir sin quejarme.

Un cuarto de hora despues de haber tomado esta resolucioin, Gracia se encaminó á la fábrica, y en el trayecto organizó su plan de ataque, que consistia sencillamente en presentar á Enrique la carta y estudiar su rostro mientras la leía, pues creía estar segura de descubrir la verdad.

Su coche se detuvo delante de la pueria principal, en donde habia muchos grupos muy animados.

Miss Garden, aunque algo sorprendida con aquella afluencia de gente, mandó llamar al portero y le dijo que queria hablar á M. Little.

— ¡M. Little! repitió el portero con aire consternado; no se le ha podido encontrar ni muerto ni vivo.

En aquel momento M. Ransome salía de la fábrica.

— En nombre del cielo ¿qué pasa? preguntó la jóven en el colmo de la ansiedad.

Gracia no conocia á M. Ransome, pero este la copocia á ella, y acercándose á la portezuela la dijo en voz baja:

— Miss Garden, soy el primer constable y os aconsejo que os volvais á vuestra casa. Ha habido aquí una horrosa explosion la noche última y hemos encontrado á una jóven medio muerta.

— ¡Pobre mujer! ¿Y Little?

— No le hemos podido hallar á pesar de todas nuestras pesquisas, y es de temer...

Gracia lanzó un grito y volvió á caer casi inanimada sobre los almohadones del carruaje.

M. Ransome trató de consolarla diciéndola que quizás M. Little no habia pasado la noche en la fábrica, pero el portero meneó la cabeza con una expresion negativa, y entonces la jóven salió del coche y dijo con voz imperiosa:

— Quiero entrar, y si está ahí le encontraré, lo creo firmemente. Dadme vuestro brazo, M. Ransome, á menudo le he oido hablar de vos.

Ransome obedeció sin repugnancia y llevó á la jóven al lugar del desastre; la enseñó el cuarto de Enrique todo devastado y abierto á los cuatro vientos.

La emocion de Gracia fué tan grande que tuvo que apoyarse en el constable, pero muy luego levantó la cabeza y pareció animada de una indómita energía aunque estaba pálida como un mármol.

Entonces arrastró á su guia por todas partes queriéndolo ver todo, preguntando á todo el mundo, escuchando todas las conjeturas que hacia la gente.

Unos decian que Little habia ido á parar al rio con los restos de la chimenea, y otros pensaban que habia debido reducirse á átomos.

Cada una de estas palabras era una puñalada para la jóven, y sin embargo, el constable no podia decidirla á que se retirase.

— No, no; decia sofocando sus sollozos; entre tantos curiosos quizás alguno adivinará la verdad. ¡Ah! escuchemos lo que dice esa mujer.

Y arrastró á M. Ransome hacia una obrera que peroraba en medio de un grupo.

— Ahí está el constable, dijo aquella mujer viendo á M. Ransome que se adelantaba con una señora desconocida... M. Ransome ¿quereis decirnos en dónde habeis hallado el cuerpo de la jóven?

— En aquel monton de la orilla, el sitio está marcado con yeso.

— En ese caso, repuso la mujer, él no debe estar lejos. No hay mas que remover los materiales y se encontrará. Todo el mundo sabe que era su querida y cuando el edificio voló debia estar al lado de ella.

— Callad, dijo Ransome echando á Gracia una mirada oblicua. La jóven dormia en el segundo piso y M. Little en el principal.

— ¿Y qué le importa á un jóven una escalera de veinte escalones, cuando le espera una guapa chieca? Estaban muy bien reunidos durante el día para que se separasen por la noche.

Un murmullo de asentimiento acogió estas palabras. Gracia sintió un temblor convulsivo, pero sus facciones de mármol no manifestaron ninguna emocion.

— Miss Garden, dijo el constable, apartaos de esas malas lenguas.

— No, contestó Gracia, quiero seguir aquí.

Y habiendo hablado así, se lanzó hacia el sitio en donde habian hallado el cuerpo de Jael Dence despues de la explosion, y allí de pié sobre los ladrillos permaneció un instante inmóvil y muda, con los ojos fijos y absorbida por un pensamiento que nadie adivinaba.

— No, exclamó de repente, no está ahí, porque yo sentiria su presencia. Sin embargo, quiero cerciorarme... Aquí está mi bolsillo, añadió dirigiéndose á los obreros que la rodeaban, vuestro es si quereis ayudarme.

Y arrodillándose comenzó ella á separar los ladrillos.

El ejemplo produjo un efecto eléctrico en las personas presentes. Hombres y mujeres imitaron á aquella hermosa criatura cuyas delicadas manos sangraban ya, y que no se cansaba en tan dura tarea. En menos de una hora estaba deshecho el monton de ladrillos.

El cuerpo de Enrique Little no estaba debajo de los materiales.

Gracia dió su bolsillo como habia prometido, y luego volvió á tomar el brazo de M. Ransome.

— ¿Jael está muerta ó vive? le preguntó.

— Hace media hora que respiraba.

— ¿En dónde está?

— En el hospital.

— Quiero verla, llevadme.

Algunos minutos despues Gracia y el constable se hallaban en pié cerca de la cama en donde yacia insensible el hermoso cuerpo de Jael Dence.

Su abundante cabellera habia caido bajo la tijera del cirujano y su frente desaparecia bajo las vendas; pero su rostro desfigurado conservaba todavia su graciosa expresion.

— Dejadme, dijo la jóven miss á M. Ransome, quiero hablarla.

Y se inclinó hacia Jael y la contempló con inquietud un instante.

Habíase dicho que la magnetizaba con su mirada. Si Jael, culpable, hubiera tenido conocimiento, no habria podido soportar aquella contemplacion escudriñadora.

Sin embargo, pareció sentir el influjo que la dominaba.

Un destello fugitivo brilló en sus ojos extraviados y volvió la cabeza como para librarse de la atencion de que era objeto; pero Gracia la siguió con su implacable mirada.

— ¿En dónde está Enrique Little? murmuró Gracia con voz imperiosa... ¿En dónde está?

Al oír esta pregunta, Jael hizo un movimiento y sus labios se agitaron.

Repitió la pregunta.

Los labios pálidos de Jael murmuraron un sonido inarticulado; pero aquí la enfermera intervino y dijo que no podia tolerar que molestaran así á la jóven.

M. Ransome hizo comprender á Gracia que debia retirarse.

Gracia se dejó llevar sin resistencia; pero en tanto que se alejaba, sus ojos no se apartaron de Jael Dence, á quien no perdió de vista hasta que salió de la sala.

Cuando M. Ransome la acompañó hasta su coche, Gracia le preguntó si la fábrica no tenia mas que una salida.

El constable no lo sabia, pero prometió que se informaria inmediatamente.

Sobre esto, la jóven se dirigió á casa del doctor Amboyne.

Justamente el doctor habia ido á Woodbine-villa. La jóven, desesperada, le esperó en su gabinete, devorada por el dolor y por la impaciencia.

Así que se presentó se arrojó en sus brazos sollozando, pero sin poder derramar una lágrima.

— ¿No hay esperanza ninguna? le preguntó.

— Tengo una todavía; hablaba seriamente de su viaje á los Estados Unidos, y quizás haya partido en secreto esta misma noche antes de la explosion.

— Vino á verme aquel día, ¿fué quizás para despedirse?

Y sus ojos suplicantes se clavaron en los del doctor, como buscando la confirmacion de aquella conjetura.

En aquel instante llamaron á la puerta.

Era M. Ransome que venia á anunciar que en el edificio que ocupaba Enrique Little se habia encontrado una puertecilla falsa que habia mandado abrir recientemente, y por la cual podia haber salido sin que le viese el portero.

Esta noticia consoló algun tanto á la pobre Gracia.

Al cabo de un momento de reflexion dijo al doctor:

— Sin embargo, si se ha marchado, á alguien se lo habrá dicho... ¿Quién podria ilustrarnos sobre este punto?... ¡Ah! Su socio, M. Bolt.

— Teneis razon, vamos á buscarle.

M. Bolt estaba en otra disposicioin de ánimo que los dos visitantes que se anunciaron en su casa.

No respiraba mas que venganza.

Parece ser que al ver á Enrique tan desanimado, su socio le habia ofrecido una suma anual de 900 libras, mediante la cual se encargaba él solo de la empresa.

Little habia pedido dos días para reflexionarlo.

— Si en realidad hubiese querido dejar la Inglaterra, nada mejor podia hacer que aceptar aquel ofrecimiento, y al menos, antes de su marcha, me habria escrito... Pero no, ni una palabra... Es un mal presagio... De buena gana daria algunos miles de libras por saber que vive; pero ¡ay! es probable que no le veremos mas... Quizás se encuentra en el fondo del rio...

En tanto que Gracia y el doctor se estremecian con esta horrible revelacion, M. Bolt se deshacia en imprecações contra los autores del atentado.

Gracia salió con su anciano amigo.

— Valor, la dijo Amboyne, todavia podemos fundar una esperanza en su madre... Quizás está en su casa, es preciso informarnos.

Sin embargo, como telegrafiar ó escribir á Mrs. Little habria sido sembrar la alarma, Amboyne juzgó mas prudente dirigirse en persona á Aberystwith, lo que hizo al día siguiente.

Al cabo de veinte y cuatro horas volvió diciendo que Mrs. Little no habia visto á su hijo ni tenia noticias suyas.

Gracia cayó en un estado extraño; salía de una energía febril para entrar en una postracion que se parecia á la muerte.

No podia aplicarse á nada, y sin embargo, habia horas en que la era imposible permanecer inactiva.

En estos momentos iba á la fábrica, contemplaba las

uinas y hacia sondear los escombros del río; pero ¡ay! siempre sin resultado alguno.

Otras veces se detenía en el puente y parecía conjurar las ondas para que le devolvieran el cuerpo de su amado.

Un día que se hallaba en esta actitud, la joven oyó un profundo suspiro.

Había a su lado un semblante tan pálido y quizás más sombrío que el suyo, que la miraba con una mezcla de dolor y de lástima.

El lúgubre espectador de su agonía era un hombre bien miserable: su crimen no le había producido ni felicidad ni esperanza.

Gracia se estremeció al reconocer a M. Coventry y se cubrió el rostro con sus dos manos.

— Ahora podeis perdonarnos, le dijo al cabo de un instante.

Y volvió la cabeza para entregarse de nuevo a su contemplación.

Coventry amaba a la joven a su manera.

Su dolor silencioso, y sin embargo tan elocuente le interesó, y así fué que se acercó a la joven y la dijo con cariño:

— ¿Por qué os obstináis en mirar ahí?... ¡No está!... — ¿Cómo lo sabeis?

Coventry se calló un instante, y por fin dijo:

— Hubo dos explosiones. La chimenea cayó al río algunos segundos antes de la explosión del edificio que él habitaba, de modo que no puede estar debajo de los escombros de la chimenea... Me lo ha dicho un obrero que pasaba por el puente a la hora de la catástrofe.

— ¡Benditos sean los labios que me dan tal noticia! M. de Coventry, tened piedad de una joven que ha obrado con ligereza respecto de vos... Decidme cuál puede ser su paradero...

Coventry parecía muy agitado, y con voz entrecortada respondió:

— ¿Qué preferiríais, que estuviese muerto, ó que os fuera infiel?

— ¡Oh! Infiel mil veces. Probadme que es infiel y que vive, y de rodillas os daré las gracias.

— No podeis dudar de su infidelidad: era el amante de Jael, la muchacha que una vez le salvó la vida, todo el mundo lo sabe.

Gracia callaba.

— Mas de un hombre ha habido, prosiguió el calumniador, que ha intentado librarse a la vez de dos mujeres, cuando habria podido ser feliz con la una ó con la otra... Creo que este no se ha sentido capaz de jugar ese doble juego y ha dejado el país...

— Quiera Dios que no os engañéis, murmuró Gracia con un sollozo.

— No os mateis como lo estais haciendo, querida miss Gracia, traspasais el corazón de todos los que os aman. Creedme, dentro de algunos días oireis hablar de él; os dirá los motivos de su extraña desaparición, pero no los verdaderos... Dirá que tenía algun negocio, y no hablará nada de Jael.

— ¡Basta! exclamó Gracia, cuyos ojos despidieron chispas, le detestábais vivo, y muerto le calumniáis. Enrique era la lealtad personificada; y su cariño a Jael Dence no era un secreto, yo le conocía y le aprobaba. Su pobre cadáver mutilado confundirá a sus calumniadores... Os aborrezco, sí, os aborrezco...

M. Garden también se negaba a creer la muerte de Little. Decía que su conducta era imperdonable, y la de un loco, sobre todo cuando la comparaba al suicidio de su padre, y juraba que le cerraría la puerta de su casa para no admitirle más como el prometido esposo de su hija.

Sin embargo, la opinión pública se preocupaba mucho con aquella catástrofe.

Los periódicos la comentaban. M. Holofast acusaba a las Uniones y el constable Ransome andaba buscando testigos.

Pero la Union de los afiladores de sierras protestó de su inocencia y hasta ofreció una prima para el que descubriese a los culpables.

La gente de la ciudad creyó que la protesta era sincera, pero los hombres de las fábricas sabían muy bien a qué atenerse.

Un día M. Ransome recibió una carta anónima, en la que le decían que no estaba en la pista, que el crimen no provenía de la Union, sino de un gentleman movido por intereses personales.

La carta añadía que este gentleman, que era la cabeza, si no el brazo, del complot, se hallaba en el puente en el momento en que tuvo efecto la doble explosión.

Pasaron algunas semanas sin que se aclarase nada del misterio.

M. Coventry había cambiado de plan, y como renunciaba a salir de Inglaterra alquiló una habitación suntuosa en Hillsborough y frecuentó de nuevo el club.

Allí veía diariamente a M. Garden, a quien preguntaba si no había noticias de Little.

La respuesta era siempre negativa, lo que sorprendía mas y mas al gentleman.

La extraña prolongación de este estado de cosas hizo que a Coventry se le ocurrieran nuevas ideas: estudió la jurisprudencia médica ó hizo diversas experiencias.

Al mismo tiempo reanudaba su amistad con Cole y pasaba encerrado con él largas horas.

Al cabo de mes y medio de horribles torturas, miss Garden perdió toda la energía facticia que hasta entonces la había sostenido.

Cayó en una especie de postración, y cada día esperaba el golpe supremo que debía poner término a sus males.

Había deseado repetidas veces hacer una visita a Jael Dence, pero siempre había aplazado el proyecto por el mal estado en que se hallaba la joven.

Cuando por fin mejoró un poco, Gracia fué a verla.

Se vistió sencillamente, porque tenía intenciones de ir a pie.

Dos caminos conducían al hospital; pero Gracia movida por un instinto irresistible, eligió el que debía ser para ella más doloroso.

Al acercarse al puente fatal le vió ocupado por muchas personas que miraban al río.

Preguntó qué era lo que había y la contestaron que se había distinguido un bulto en el agua.

Estas palabras la turbaron profundamente y abriéndose paso por entre la gente se acercó al pretil y fijó sus ojos en la dirección que la indicaban todas las miradas.

Los espectadores murmuraban palabras que ella apenas oía.

El calor había hecho bajar el nivel del agua y en medio del cauce, como a cincuenta toesas del puente, había un montón de escombros procedente de la chimenea de la fábrica Bolt y Little, que había quedado casi a descubierto.

Al borde de aquel islote de escombros aparecía un objeto informe.

A primera vista este objeto podía pasar por un pedazo de madera, un fragmento de viga ó una rama de árbol.

Otros restos semejantes habían pasado por debajo de los arcos sin llamar la atención; pero un transeunte mas observador había parado su vista en este, y al punto se había aglomerado la muchedumbre.

Muy luego se distinguió que el objeto no era un pedazo de madera, sino la manga de un vestido. Despues pareció cierto que la manga no estaba vacía.

Había un brazo en la manga. A fuerza de mirar, uno creyó distinguir una mano.

La negra corriente hervía sobre aquella mano, unas veces descubriéndola y otras ocultándola.

— El cuerpo debe estar debajo de los ladrillos, dijo uno de los curiosos, en tanto que los vecinos afirmaban esta conjetura.

— ¿Y qué es lo que brilla en ese dedo? Mirad, dijo otro.

— Un anillo... un anillo de oro.

A esta última revelación se oyó un grito, y Gracia Garden cayó sin conocimiento en el suelo.

Un gentleman casi tan pálido como la joven, se abrió paso entre la muchedumbre y levantó aquel cuerpo inanimado, suplicando que le trajeran un carruaje.

Era M. Coventry que no había contado con aquel encuentro. Dominado por el terror, y mas que nunca por los remordimientos, trasportó a Gracia Garden desmayada ó casa de su padre.

Coventry pasó una noche llena de angustias.

Levantóse muy abatido y se fué en derecha a Woodbine-villa, prometiéndose que con una buena acción rescataría su crimen.

Allí preguntó por miss Garden y supo que estaba muy mal. Quiso verla; pero los criados le dijeron que era imposible, pues el doctor Amboyne había prohibido que entrase nadie en el cuarto de la joven.

El día siguiente Coventry fué a ver al doctor, y le halló muy alarmado sobre su enferma, cuyo estado juzgaba muy grave: una fiebre cerebral era inminente.

— Sin embargo, exclamó Coventry con exaltación, si la probaran que el cadáver hallado en el río no es el de Enrique Little...

— ¿Y cómo probarsele?... Y aun cuando lo probarais, ¿para qué?... Está delirando... Solo un hombre puede convencerla de la existencia de Enrique Little, y es el mismo Enrique Little... Y aun para eso seria menester que le reconociera, y estoy seguro de que a esta hora no le reconocería... Si sale de la crisis, os aconsejo que no la habléis de este asunto en mucho tiempo.

Los labios del doctor temblaron cuando pronunció estas palabras.

Coventry se retiró titubeando como un hombre ebrio.

De vuelta en su casa, se encerró en su cuarto y se arrojó sobre la alfombra, donde permaneció muchas horas presa de la desesperación mas sombría.

Como sucede siempre cuando la pasión arma el brazo para el crimen, no había previsto las consecuencias de su felonía.

### XXX.

#### UN ACTO DE DESESPERACION.

Un día el anciano M. Raby, cansado de correr mundo se hizo la reflexión de que lo mismo podría hacer el misántropo en Inglaterra que en el continente, y bajo este concepto regresó a su hogar.

Se encontró con que había muerto el anciano Dence, y Patty Dence había marchado a Nueva Inglaterra con su marido.

Al mismo tiempo supo que Jael estaba en el hospital. Presentóse en Woodbine-villa y le dijeron que Gracia Garden estaba entre la vida y la muerte.

Al doctor Amboyne le halló tan triste como animado estaba antes.

El doctor le ocultó los sucesos ocurridos durante su ausencia, y llevándole a las casas consistoriales le en-

señó un brazo de hombre conservado en espíritu de vino.

— Hé ahí, le dijo, todo lo que queda del que fué vuestro sobrino y mi mejor amigo. Genio, juventud, valor, todo se resume en ese fragmento.

El doctor no pudo hablar mas.

Los ojos de M. Raby se llenaron de lágrimas, y el sentimiento que había tenido contra su sobrino se desvaneció completamente.

Entonces su cariño se concentró en su hermana, no pensó mas que en reconciliarse con ella y aseguró que estaba dispuesto a llamarla a su lado si ella consentía.

Amboyne se apresuró a comunicar la noticia a miss Little, que seguía enferma en el País de Gales.

Gracia Garden tuvo una crisis favorable.

Al cabo de algunos días estaba ya fuera de peligro, pero en un estado de debilidad suma.

Para fortificarla mas prontamente el doctor la envió a un puerto de mar en las costas de la Mancha, y la acompañó su padre.

Pensando que su ausencia seria larga, el dueño de Woodbine-villa quiso alquilar su casa amueblada y la tomó M. Coventry que sin duda tenía sus razones para elegir aquel domicilio.

También Jael acabó por restablecerse, aunque todavía la quedaba cierto extravío por causa de la conmoción que había sufrido su cerebro.

El mismo día en que Gracia marchó a Eastbauk, Jael salió del hospital.

En la tarde de aquel mismo día el doctor Amboyne, absorbido por los cuidados que reclamaba su querida enferma, recordó que no había visto a Jael hacia tiempo y se dirigió al hospital, y cuando le dijeron que ya había salido, se echó en cara su descuido.

Además, Gracia le había repetido muchas veces que si Jael quería podía hacer revelaciones importantes.

— ¿Y a dónde ha ido? preguntó el doctor.

— A su casa, según creo, respondió la enfermera.

Otra enfermera añadió que la convaleciente había manifestado intenciones de ir a la fábrica.

(Se continuará.)

### Las cuevas de Paris

HABITADAS DURANTE EL BOMBARDEO.

#### I.

En cuanto los habitantes de la orilla izquierda del Sena vieron caer sobre todos los barrios de esa region, desde Grenelle hasta el Jardin de Plantas, la lluvia de bombas que hacia de cada casa un blanco expuesto a los proyectiles de la artillería prusiana, se apresuraron a tomar sus disposiciones para librarse de aquel peligro que corrían a todas horas.

Desde el primer día se manifestó un doble movimiento: unos acudieron a buscar un abrigo en los barrios de la orilla derecha y formaron la gran colonia de los Refugiados, y otros, que no quisieron abandonar sus habitaciones, conjuraron el golpe buscando el refugio contra los proyectiles dentro de sus cuevas.

Debemos añadir en toda justicia que hubo otros habitantes que se obstinaron en desafiar el bombardeo sin querer salir de los cuartos que ocupaban; pero esta persistencia ha causado muchas desgracias.

En suma, la gran mayoría de los habitantes se refugiaron en las cuevas.

De este modo, pues, todo un lado de Paris se condenó a la vida subterránea. ¡Adios la clara luz del día! Preciso era vivir en una noche perpétua, y justamente en un tiempo en que el alumbrado era difícil.

Si en medio de los horrores del bombardeo nos está permitido parar un instante nuestra atención en las rápidas mudanzas y las instalaciones improvisadas en las cuevas, podemos decir que todas las escenas pintorescas creadas por la vida del sitio no han presentado nunca cuadros semejantes. Habriase dicho que toda una población pasaba repentinamente de la vida civilizada a la vida errante de los gitanos.

Aquí representamos uno de esos campamentos copiado del natural en una cueva de la calle de Enfer, y por nuestro grabado se formará una idea el lector de aquella singular existencia que era una vigilia continua y que ha durado todo un mes.

Naturalmente la cueva mejor era para el casero, y los inquilinos se apiñaban como podían. Como el bombardeo se prolongaba, se pensó ya en instalaciones mas confortables. Aquí los refugiados empapelaban las paredes, allí clavaban estantes, mas allá ponían biombos para dividir la cueva en cuartos separados.

¡Y los días eran bien largos y bien tristes! El primer cuidado era obtener un periódico para saber noticias; pero los refugiados tenían un modo muy sencillo, según decían ellos, de tomarse el pulso, todas las noches contaban las bombas y marcaban el número en un cuadro. Ciento quince, setenta y siete, doscientas diez, etc.

Este era el termómetro de la situación.

En cuanto a los viveres, todos se hacían de rogar para salir a buscarlos.

— Anda á traer pan.  
 — Muchas gracias; ayer el barbero de enfrente estaba afeitando á un parroquiano, cayó una bomba y se llevó la cabeza del cliente.  
 Sin embargo, bien ó mal hacian la cocina en estufas cuyos cañones salian por la reja.  
 En Montrouge leimos este letrero encima de una puerta:  
 « No hay que asustarse con el humo; es de nuestra cocina. »

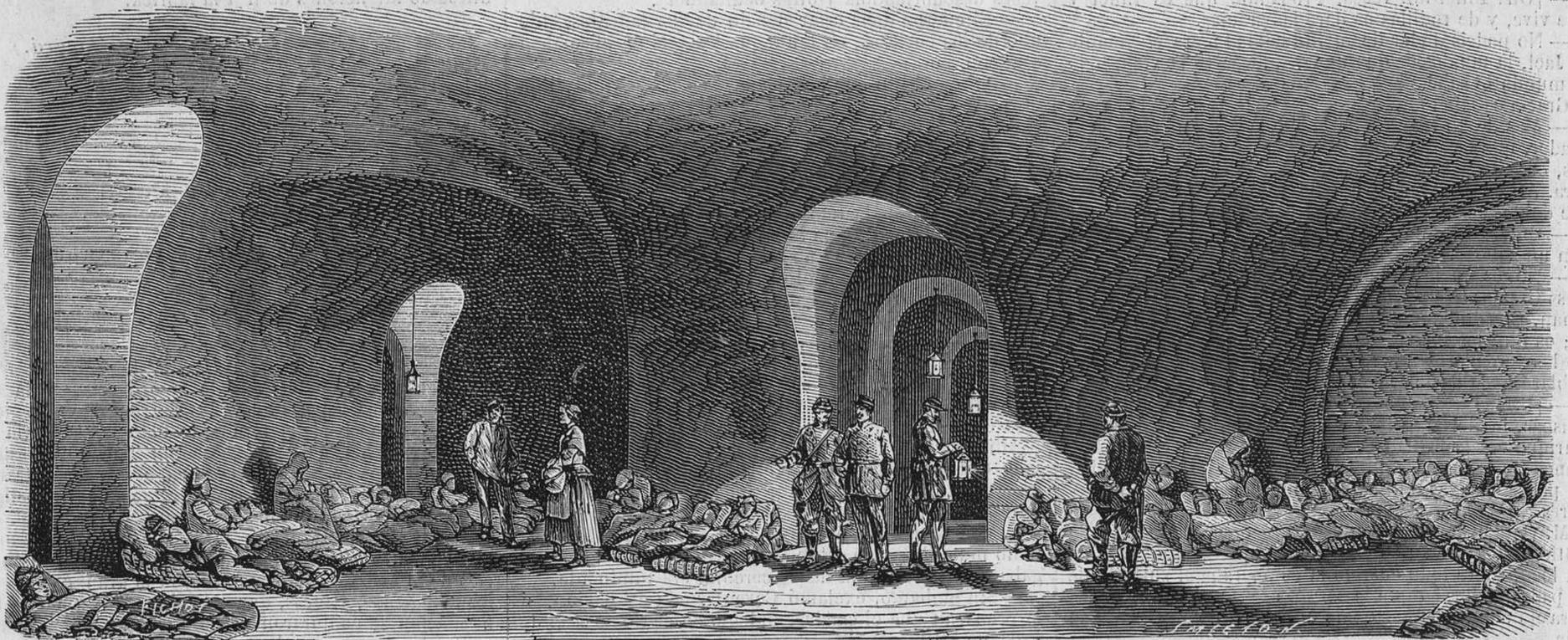
II.

El campamento mas numeroso y tambien mas curioso de visitar durante el bombardeo, era el de las bóvedas subterráneas del Panteon. Sabido es que estas construcciones ocupan toda la planta inferior del edificio, lo que era un refugio seguro para toda una colonia de bombardeados; efectivamente, los vivos no



BOMBARDEO DE PARIS. — Habitantes del 5º distrito refugiados en el Panteon en la bóveda sepulcral de Montebello

vacilaron en pedir la hospitalidad á los difuntos.  
 Muchas vicisitudes ha tenido el Panteon, pero jamás habia ofrecido semejante espectáculo.  
 Esas largas galerías en donde se alinean tantas y tan gloriosas sepulturas, ven llegar en largas filas una porcion de colchones que extendian sobre las losas y que componian dormitorios en donde no reinaba nunca el mayor silencio.  
 Cuanto mas arreciaba el bombardeo, tanto mas se multiplicaban las mudanzas, y los pobres refugiados temblando de miedo y llorando de ira, acudian allí con lo estrictamente necesario para acostarse y hacer como los soldados el rancho de campamento. Los ancianos y las mujeres tenian el aire bien triste; pero los chicos, allí como en todas partes, se mostraban inconscientes del peligro y de la desgracia



Habitantes del 5º distrito refugiados en la galería principal de los subterráneos del Panteon; róna del capitan vigilante.

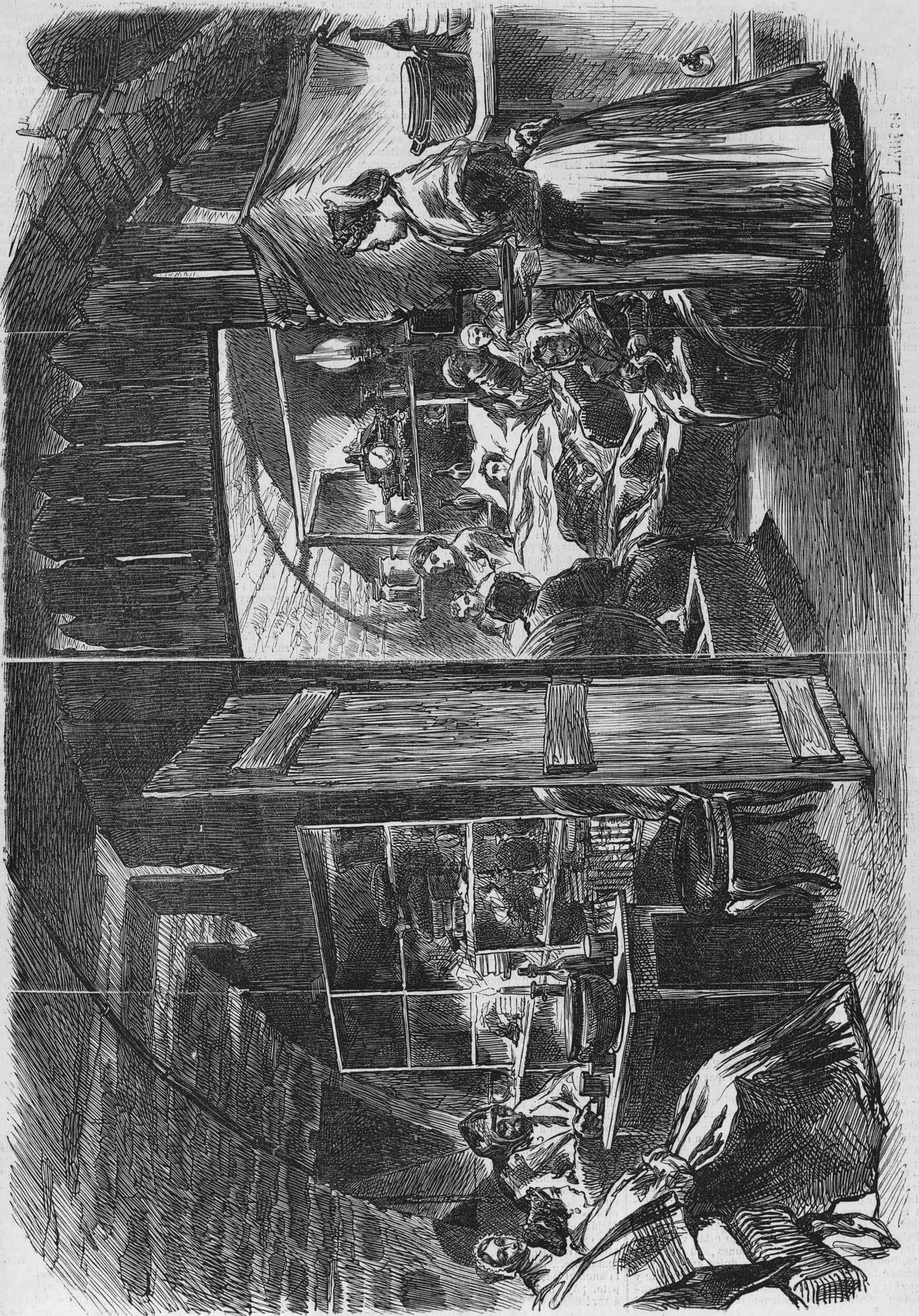
y no olvidaban sus risas y sus juegos.  
 Las bóvedas del Panteon se llenaron tan pronto, que fué preciso proceder á una organizacion en aquel cuartel improvisado. Aquí las galerías de los dormitorios, allí las cuevas reservadas á las cocinas, y todo el mundo tenia que sujetarse al reglamento. Habia vigilantes que hacian la róna y cuidaban de que la decencia, el órden y el aseo se practicasen rigurosamente.  
 Pero ¡qué cuadros y qué escenas! De las tumbas colgaban gorras y habia pañuelos encima de los sarcófagos. Los sepulcros de Lannes, de Bougainville y de Montebello se habian convertido en tocadores, y mas allá se hacia la cocina á la sombra de los gloriosos restos de los mariscales de Francia. Se brindaba á la salud de la Francia sobre las cenizas de sus hombres eminentes.



Habitantes del 5º distrito refugiados en el Panteon, en la bóveda sepulcral de los Mariscales.

Naturalmente las bombas desempeñaban un gran papel en las preocupaciones de los sitiados.  
 Los que salian traian cascos de proyectiles que se pasaban de mano en mano, y todos celebraban hallarse al abrigo de sus furibundos ataques.  
 La principal distraccion de los niños consistia en despertar esos ecos del Panteon que los guardianes del monumento hacen oír á los visitantes. Siempre están allí dispuestos á responder, y hemos podido oír la frase sacramental que les arroja el guardian en todas las visitas.  
 — ¡Eco! — ¡Eco!  
 — ¡Hasta mañana! —  
 — ¡Hasta mañana!  
 — ¡Si vivimos! — ¡Si vivimos!  
 Durante el bombardeo esta última frase era de circunstancia.

L. C.



A. LANGEON

BOMBARDEO DE PARIS. — Habitantes refugiados en las cuevas.

## Luisa.

(Continuacion. — Véase el número 941.)

— Dentro de dos días, mañana quizá llegaré... ¡oh! ¡qué feliz soy! Bendito mil veces sea el que en medio de las riquezas y los placeres no ha olvidado el recuerdo de un servicio. Es un corazón sin igual... bendito sea el que me trae la felicidad y la vida, porque ayer estaba muerto y hoy resucito.

Luisa cayó de rodillas, cruzó las manos en actitud de oración y el anciano inclinó á su lado la blanca y venerable cabeza.

Era un cuadro solemne y patético á la par: ¡había tanta ternura, tanta unción en aquellas dos plegarias!

Levantóse la joven con el semblante dominado por una expresión de tristeza que daba á su sonrisa cierto aspecto doloroso.

— Os suplico, dijo á su esposo, que abandoneis esa vida activa y penosa que tantas dolorosas inquietudes puede acarrear á vuestros ancianos años. Es llegada la época del reposo, amigo mío: consagraos á una vida tranquila, pacífica, en el campo, donde gustéis.

— Niña, la dijo el anciano abrazándola, ya hablaremos de eso, ¿qué felicidad echaré de menos teniéndote á mi lado?

— La que á mí me proporcioneis, contestó tímidamente Luisa y jamás será feliz aquí!... tengo un miedo...

M. Granville la besó sonriéndose y se retiró á su gabinete.

Dos días trascurrieron, en los que desapareciera todo aquel dolor tan vivo, tan profundo, que había destrozado el corazón del anciano; esperaba lleno de gozo el día fijado para la llegada del que tan generosamente acudía á su socorro. Luisa sola estaba triste, porque la memoria de su padecimiento deja por más tiempo sus huellas en el corazón de la mujer; sentíase turbada, distraída á cada paso en antiguos recuerdos y sus ojos clavados en el balcón se fijaban materialmente en el variado panorama de esa vida activa de cada día que se agita y susurra por las calles.

De repente escapábase la labor de las manos, y por un movimiento súbito que no fué dueño de reprimir, se echó adelante y se retiró en seguida, cubriéndose el rostro con entrambas manos, cual si temiese ser vista.

— ¡Es él! dijo en voz bajo y acometida del frío de la calentura; ¡él mismo! bien le había yo reconocido.

Volvió Luisa la cabeza temblando por aquel inesperado encuentro. El banquero, que estaba en el otro extremo del salón ocupado en examinar unos papeles, no había advertido el movimiento de su mujer. Estaba agitada y hubo de apoyarse en el balcón para cobrar fuerzas para andar. Sentóse al lado de su esposo y le miró algunos instantes sin proferir una palabra; este silencio emanaba de respeto, de reconocimiento, de uno de esos vagos sentimientos de temor imposibles de definir. Adivinábase que pugnaban las palabras por escaparse de sus labios y que las contenía por temor.

Al fin reparó en ello el banquero.

— ¡Ah! eras tú, Luisa; tan embebido estaba con mis números que no te había oído. ¡Querida mía! dijo el anciano estrechando las manos de su esposa.

Su voz, sus miradas, toda su persona respiraba tanta dulzura y bondad, que Luisa se sintió tranquila y se cortaron los latidos de su corazón. Púsose las dos manos en el rostro, y reuniendo la resignación que necesitaba, dijo:

— Amigo mío, antes de aceptar lo que vuestra generosa bondad ofrecía á la huérfana, quise contaros mi vida, porque aunque corta, rebosaba de lágrimas y amargura. Me pusisteis la mano en la boca que ansiaba hablar.

— Y te dije, repuso el anciano, ¿qué me importa esa confesión de los primeros años de tu vida? Si buscas consuelos, mi corazón está dispuesto á prodigártelos todos; si es un perdón... silencio, hija mía, le obtienes antes de pedirle.

— Y entonces callé, prosiguió Luisa; dí gracias á Dios y acepté el protector y el amigo, el padre y el esposo que me deparaba; pero ahora os ruego que me permitáis hacer esta confesión, porque en la vida de la pobre huérfana no debe haber un solo día que no conozcáis como ella. Lo que tengo que deciros me hace daño por no habéroslo dicho antes. ¿Puede haber un secreto entre vos y yo? y además, hoy más que nunca es forzoso que escuchéis mi secreto.

— Ya te escucho, Luisa, dijo el anciano admirado de la extraña emoción con que fueran pronunciadas estas palabras.

Bajó la joven los ojos y guardó silencio un instante, para recoger todos sus pensamientos, todos sus recuerdos; en seguida comenzó en estos términos:

— Murió mi padre siendo yo muy niña aun. Con él espiraron los venturosos momentos de mi vida; era mi madre mujer de virtud austera, de rígida piedad; respetada por cuantos la rodeaban, era menos amada que temida.

¡Pobre madre mía! aun me parece estar viendo su esbelto talle, sus hermosas facciones, su purísima frente. Una calma imponente era la única expresión de su semblante. Era grave su voz. Hablaba lentamente y siempre con todo el posible laconismo. Reinaba por supuesto en nuestra casa el orden más escrupuloso, y ni

aun á mis juegos de niña era lícito trastornar un mueble de su sitio. Cuando acababan las diarias faenas de la casa, se sentaba mi madre junto á mi balconcillo y hacía calceta ó leía en su devocionario; siempre en el mismo sitio, siempre en la misma actitud; y á no ser por el movimiento de las agujas ó el de las páginas que volvía, se la hubiera equivocado con una estatua. Por espacio de muchos años, ni una sola vez me acosté un momento después de las nueve; cuando sonaba el reló, levantaba mi madre los ojos de su tarea y me señalaba la puerta. Acercábame entonces, me besaba friamente en la frente y continuaba su calceta ó su lectura. Niña como era me angustiaba aquel encogimiento, aquella frialdad glacial que acompañaba mi existencia. Cuando podía escurrirme de la silenciosa habitación de mi madre, corría al jardínillo y cantaba tristemente y solo por hacer ruido, pero no me atrevía á cortar las flores cuyos tallos estaban contados y arrancaba ramas de árboles y desparramaba las hojas ó me divertía en hacer ladrar al perro. Con frecuencia solía aparecer mi madre, vestida de luto, en el dintel de la puerta y me decía con voz sonora: Luisa, y entonces volvía yo á sentarme á su lado, silenciosa y con la cabeza inclinada.

Los domingos íbamos á la iglesia, y marchaba yo delante de mi madre con su libro y el mío. Muchas veces me ocurrió mirarla de soslayo con temor; y al ver en aquel perfil inmóvil, aquel semblante impasible, me preguntaba á mí misma: ¿en qué pensará su alma? porque la vida, decía yo, debe estar en alguna parte, y en mi madre se había refugiado sin duda á lo interior.

De esta suerte pasé muchos días, muchos meses, muchos años, sin que un solo acontecimiento suspendiese la monotonía de mi existencia. Mi agitación moral tuvo al cabo perjudicial influencia sobre mi salud: perdía los colores, enflaquecía, pasaba las noches sin dormir, forjando mil ilusiones, y ya que en realidad no podía traspasar el umbral de mi casa, dejaba volar mi imaginación por los espacios más variados. No conocía más del mundo que el camino que conducía de nuestra habitación á la iglesia, y me creaba un universo á mi capricho. Era más bien el cielo que la tierra; todos los seres eran hermosos, todos inocentes, y aun no sé si di alas á los habitantes de ese mundo que no conozco.

Hízose demasiado notable mi estado para que no lo advirtiese mi madre, y sin embargo no me hizo una pregunta, no pronunció una palabra; solamente se me figuró notar que levantaba á menudo los ojos de la labor para fijarlos en mí. Una mañana, estando yo acostada todavía, se abrió la puerta de mi alcoba y entró mi madre seguida de un anciano. Acercó una silla al desconocido, se sentó y aguardó en silencio. El médico, porque médico era el forastero, me tomó el pulso, me hizo diferentes preguntas, y dijo á mi madre que me hallaba en un estado de languidez peligroso si continuaba, recetando al mismo tiempo mudanza de aires y las aguas de Baden, que distaba veinte leguas de la ciudad que habitábamos. Esta noticia disgustó á mi madre.

— ¿Es muy necesario, doctor? le dijo.

— Absolutamente necesario, señora.

Alejáronse entrambos, y en el resto del día noté que progresaba poco la calceta de mi madre, y que estaba pensativa. Al día siguiente la encontré escribiendo una carta, suceso que excitó mi curiosidad en alto grado. La criada llevó la carta á su destino y nada más supe.

Eran las cuatro cuando sonó el aldabón de la puerta, me estremecí de sorpresa, y aun fué esta mayor cuando ví entrar una mujer que conocía de vista, porque mi madre la saludaba en la iglesia.

— Madama Dalmar, dijo á mi madre, me felicito de poder hacer os este pequeño obsequio. Luisa será mi hija, la cuidaré bien, y á fe mía que bien lo merece, porque jamás he visto más hermosos cabellos rubios; y cuando recobre sus colores será hechicera.

Mi madre frunció el ceño y mudó de conversación. Me detengo, amigo mío, en las insignificantes alabanzas de aquella mujer, porque despertaron en mi alma pensamientos que no había concebido. Mi madre no volvió á dirigirme la palabra en todo el día, juzgando inútil explicarme el movimiento extraordinario que advertía en torno mío. Salió á pesar de no ser domingo, y á su regreso, en vez de tomar la calceta, se ocupó en recomponer mis pobres vestidos, tan poco variados como los sucesos de nuestra vida. Mandó bajar una maleta vieja y en ella fué depositado mi ajuar. Entonces conocí que iba á marchar á las aguas, encargada á aquella señora que nos visitara. ¿Pero qué día había de verificarse el apetecido viaje? Lo ignoraba. Todas las mañanas esperaba; espiaba el semblante de mi madre, todos sus movimientos, pero pasaba el día y me acostaba arrullada por la dulce esperanza de que sería al día siguiente. Al fin una mañana entró vestida en traje de calle, palpité mi corazón, porque esta vez no me equivocaba; iba á partir. Seguí á mi madre hasta el coche donde me aguardaba madama de Dormeil con su hija, y yo iba á subir alegremente cuando me dijo mi madre:

— Adiós, Luisa, no dejes de escribirme.

Estas palabras tan sencillas me conmovieron hondamente, porque al pronunciarlas resonó dulcísima la voz de mi madre; y al volverme para abrazarla ví que sus ojos estaban más húmedos y tristes que de ordinario. Alejóse el carruaje y mi madre permaneció de pie, junto á la esquina, siguiéndome con la vista. Aun me parece estarla viendo con sus largos vestidos de luto, su pálido semblante... Hermosa estaba con toda la hermosura de la ancianidad, con todos los atributos que inspiran respeto. ¡Ay, amigo mío, desde entonces no la he vuelto á ver!

Detúvose la joven y se enjugó silenciosamente dos lágrimas que corrían á lo largo de sus mejillas. El anciano no quiso turbar con palabras el religioso dolor de este triste recuerdo; algunos instantes después prosiguió, pero con voz más lenta, más melancólica.

— Llegamos á Baden donde había muchísima gente; el primer sentimiento que se desprendió del caos de impresiones que me asediaron, es que había clases diferentes en la sociedad, que todas no estaban á un nivel, y que la pobre Luisa Dalmar ocupaba uno de los escalones inferiores de la gerarquía social. Este descubrimiento lastimaba mi orgullo.

La segunda impresión que sentí fué echar de ver que muchos ojos se fijaban en mí, y que era objeto de la atención general. Quise indagar el por qué... y descubrí... que era mucho más bella que las mujeres que me rodeaban.

Luisa pronunció estas últimas palabras en voz baja, y un precioso rubor coloró su frente que inclinó sobre el pecho.

— Era feliz, continuó, con hallarme en libertad, en el centro de mil diversos placeres. Madama de Dormeil me vigilaba muy poco, y su hija y yo gozábamos de la mayor libertad, libertad de que yo abusaba, sin duda porque desconocía los límites del bien y del mal.

Entre mis admiradores había un joven de veinte y cuatro años, de gallarda presencia y muy elegante. ¡Ay! pronto le distinguí, le escuché, con asombro al principio, con placer después, porque sus palabras eran nuevas para mí, y casi sin querer contesté á las apasionadas expresiones de su amor con la confesión sencilla é inocente de los sentimientos que experimentaba por primera vez.

Madama Dormeil notó la asiduidad con que me seguía á todas partes, y un día que estábamos solas me dijo:

— Luisa, tengo la más ilimitada confianza en los principios que os ha inculcado vuestra madre. Es lícito un poco de coquetería, sobre todo no teniendo fortuna; aun conviene á veces comprometer á un joven; sin embargo, mirad lo que hacéis y no exponáis vuestra reputación á las mordaces sátiras de las personas que nos rodean.

Este extraño lenguaje era completamente ininteligible para la sencilla doncella que jamás se había alejado de una madre severa é ilustrada. Percibí confusamente que las palabras de madama de Dormeil tenían algo que ofendía mi delicadeza.

Lo que sucedió, ¡ay Dios! yo no lo recuerdo; lo he olvidado á fuerza de padecer, pero creí neciamente en protestas y juramentos que eran no más que mentiras. Estaba inocente, y sin embargo mi reputación andaba en boca de todos.

— ¡Pobre niña! interrumpió el anciano dejando caer sobre la prosternada esposa una de esas miradas preciosas de perdón y de indulgencia.

— Sí, pobre niña; repitió Luisa tristemente, quien al escuchar la voz de su esposo recobrará fuerzas y resignación para proseguir su narración. Pobre niña, sí, que no tuvo una voz que la deluviese, ni una mano que se alargase hacia ella. Si os he referido todos los pormenores de mi infancia; si os he hecho retroceder conmigo á los días de una existencia metódica y monótona, es porque comprendáis cuán nuevo debí parecerme el mundo en que me hallé de pronto y cuán crédula y confiada había de ser por necesidad. Ni una sola vez se me ocurrió el pensamiento de que aquel joven tratase de engañarme, y vergüenza me hubiera dado creerlo. Abandonéme á él sin saber lo que hacía; porque él me decía *ven*, y era dulce su voz y mi corazón la escuchaba con delicia. Estaba yo segura de que mi madre reprobaría nuestro enlace porque era demasiado joven, demasiado frívolo y brillante, demasiado poco religioso para ella; y la desigualdad de posición ofendería sus ideas inmutables sobre el matrimonio. Esto mismo confesé á mi amante, dudando qué partido tomar, á lo cual me contestó:

— He concebido un plan cuya realización me hará el más venturoso de los hombres: soy dueño de mis acciones; partamos, pues, huyamos juntos; nos casaremos en secreto, y luego ¿qué hay que temer? vuestra madre y mi familia habrán de perdonar por fuerza.

¡Loca de mí, que no averigüé cómo una soltera de diez y seis años podía casarse sin permiso de su madre! Resistí, sin embargo, y el respeto que profesaba á mi madre me protegió por algún tiempo; mas ¡ay! al fin rompí por todo y tomamos el camino de París. Este viaje fué para mí un período de fiebre y de delirio; amaba... ó al menos así lo creía, y mi pobre cabeza estaba trastornada. A mi llegada me alojé en una magnífica habitación, me dió criados, y todas estas atenciones me confirmaron en la idea de que muy pronto sería su esposa.

Sin embargo, había pasado una semana y no veía preparativo alguno para nuestro enlace; estaba triste aunque muy tranquila, porque esperaba con confianza; mas una sensación penosa, presentimiento sin duda de mi suerte, me atormentaba ya.

Una noche por fin, me ahoga la vergüenza, un pensamiento horrible sustituyó en mi corazón á mi sencilla credulidad y destruyó toda mi confianza por medio de la convicción de mi falta: no era ya para mí el amigo, el protector á quien consagrara mi vida entera; era un seductor que no veía en su amor sino mi vergüenza, y que ni un solo instante pensaba en mi felicidad.

¡Oh! ¡fué un horrible desengaño! pero mi conciencia, pura todavía, me dió fuerzas y corrí á encerrarme en mi alcoba, donde protegida por la puerta no tenía ya

temor; me hincó de rodillas, crucé las manos y recé como hacia mucho tiempo que no rezaba. Era porque comenzaba á padecer, y Dios se acordaba de mí para consolarme. Al fin se apoderó el sueño de mí; cuando desperté era de día, y las campanas de una iglesia vecina tocaban á misa. Presté atención y me estremecí á mi pesar: Dios, á quien invocara la víspera, me anunciaba la hora de la oración y de la penitencia.

— ¡Sí, sí, Dios mío! exclamé; voy á orar y á pedir perdón en el santo tribunal: gran Dios, apiadaos de una pobre pecadora y protegedme contra él y contra mí misma.

Habia salido desde muy temprano y me hallaba sola en casa; fuéme, pues, fácil evadirme; y á medida que me aproximaba al templo, me parecía que recobraba todo mi valor para luchar, todas mis fuerzas para padecer. Trabajo me costó penetrar en la iglesia porque habia mucha gente, y fuí á arrodillarme al pie de un confesionario. Un cuarto de hora hacia que estaba rezando cuando llegó un sacerdote anciano de venerable aspecto.

— Padre mío, le dije temblando, vengo á confesaros una falta grande.

— La clemencia de Dios es infinita, hija mía, me dijo, y perdona siempre al que de corazón se arrepiente.

— ¡Sí, me arrepiento, me arrepiento! exclamé.

En medio de las palabras de mi confesión que mis labios trémulos pronunciaban muy quedo, distinguí la voz de un sacerdote que publicaba en voz alta promesas de casamiento. A mi pesar sentí tan violenta emoción, que se inundó mi rostro de lágrimas. ¡Ah! casi me olvidé de que me hallaba arrodillada junto á un confesionario y volví la cabeza escuchando con mucha atención. De repente, en medio de los nombres que pronunciaba el sacerdote oí... el suyo; sí, el suyo... se casaba; era la tercera y última publicación... Se casaba el mismo que la víspera me hablaba aun de nuestra próxima unión, me decía que me amaba, que jamás habia amado á otra que á mí; el hombre á quien yo me entregara crédula y confiada; ¡el que tenia en sus manos mi honor, mi vida entera!

Y la jóven, quebrantada bajo el peso de tan horrible recuerdo, se cubrió el rostro con las manos y sollozó sin consuelo.

— Luisa, dijo el anciano con voz dulce, tristísimo es ese recuerdo; que sea hoy el último día que se nombre.

— Sí, dijo la jóven enjugándose lentamente las lágrimas que corrían por su rostro, sí, ahora que todo lo sabeis, puedo olvidarlo.

Al recibir tan inesperada noticia, creí que iba á volverme loca; no sé lo que fué de mí, no sé qué vértigo me dominó, pero lo cierto es que me levanté sin acordarme de que me estaba confesando, y perdida la memoria de mi arrepentimiento, no me quedaba sino la de mi desgracia. Precipitéme fuera de la fatal iglesia: impelida de la desesperación corrí á mi casa, recogí lo que legítimamente me pertenecía, mis humildes vestidos, el modesto sombrero de paja y la bolsa donde la ternura maternal depositara el fruto de sus economías; cuando tuve todo recogido me vestí, y cubierta con el velo salí de casa.

Anduve errante por las calles, sin objeto, sin proyecto; y distinguiendo por casualidad el cartel de una casa de huéspedes, subí, pedí un cuarto, y anegada en lágrimas, escribí la carta siguiente:

« No volveréis á verme; he abandonado vuestra casa para nunca volver, y salgo pobre como entré, y aun mas porque estoy lejos de mi patria y he ofendido á mi madre. Vengo de una iglesia donde he oído publicar vuestro casamiento; ¡ah! muy fácilmente me habeis engañado, sí, muy fácilmente; porque era demasiado pobre para conocer el abuso de las riquezas y demasiado pura para sospechar una mentira. Hoy escribiré á mi madre y dentro de pocos días estaré á su lado, bajo el techo que nunca hubiera debido abandonar y en el que queriais introducir el deshonor, pero Dios me ha salvado. »

Tomé todas las precauciones imaginables para que nadie descubriese mi retiro; al día siguiente escribí á mi madre y á los dos partí á pie y sola... ¡ay! ya no debia encontrar á mi pobre madre, era difunta, y cuando llegué me entregaron una carta dirigida á mí.

Madre mía, perdóname; yo olvidé tus consejos, tu amor; desconocí tu voz y te engañé; ¡ah! harlo he purgado mi falta; mas sin embargo se apareció un protector, un amigo que me alargó la mano, que recogió á la pobre desterrada y dividió con ella su vida y su felicidad.

Habiase levantado M. Granville y resplandecía en su venerable semblante una expresión divina de calma y de bondad.

— Sí, Luisa, dijo con voz paternal, tus lágrimas y tus sufrimientos han expiado la primera, la única falta de tu vida.

Levantóla en seguida dulcemente y la tomó en sus brazos; apoyó ella su trémula cabeza en el hombro del anciano y le contestó besando sus manos. Cuando se hubo calmado su conmoción señaló con el dedo la ventana.

— Hace poco estaba sentada, miraba maquinalmente á la calle, cuando de repente me pareció ver el rostro de aquel hombre... Por eso he querido decirlo todo y terminar á vuestros pies esta triste confesión de toda mi vida que comenzara en el santuario de la penitencia. Ahora me parece que lo he olvidado todo, y que si volviese á verle no me turbaria su presencia... y quizá no le reconocería.

— Hija mía, dijo el banquero abrazándola, aun no me has dicho el nombre de esa persona.

— ¡Cómo! dijo Luisa con infantil admiración, no le he nombrado en el curso de mi relación... pues es...

En el mismo instante se abrió la puerta y anunció un criado al señor conde de Mirmont. El banquero no pudo contener una exclamación de alegría y corrió al encuentro del recién llegado cuyas manos apretó fuertemente.

El jóven que se presentara en la sala era de noble presencia, pero estaba pálido, grave y triste. Con mirarle se hubiera adivinado que antes de abrir la puerta habia visto forzado á dominar una violenta emoción; empero esta era mas fuerte que su voluntad, y si hubiera estado M. Granville mas sereno, no habria podido menos de notar la turbación que se traslucía en los ademanes del jóven.

Cuando pronunció el criado el nombre del conde de Mirmont, se levantó Luisa como un relámpago y quedó de pie inmóvil como una estatua; habiase retirado la sangre de sus mejillas y de sus labios, y la respiración se escapaba con dificultad, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por su semblante.

— ¡Dios mío! murmuró en voz baja, ¡gracias os doy por no haberlo nombrado!

Porque comprendiera Luisa que el hombre cuyo apellido iba á soltar, era el que venia á salvar á su marido, y ¿no debia Luisa abjurar de todo resentimiento personal para dejar al banquero la única tabla que podia salvarle del naufragio?

— ¡Oh! espero, decía para sí, que no se acuerde sino de que es el hijo agradecido del hombre á quien salvó mi marido, y que viene á satisfacer su beneficio: haced, Dios mío, que sea muerto el recuerdo de los tristes días de mi juventud; hacedlo, Señor, para que la tranquilidad y la ventura vuelvan de nuevo al alma del noble anciano á quien debo amar tanto:

En esto el banquero se dirigió alegremente á Luisa.

— Permídmeme, amigo mío, dijo, que os presente mi linda esposa, bien que hay sus dudas sobre si soy su padre ó su marido; porque el amor del uno se confunde con el del otro.

Inclinóse el conde respetuosamente, y al devolverle Luisa su saludo, clavó en él una mirada tan noble, tan pura, una mirada que perdonaba con tanta dulzura, que hubiera despertado en el corazón mas endurecido una sombra de virtud.

— ¡Luisa mía, dijo entonces el banquero, viene á salvarnos!

Luisa quiso hablar, mas no le fué posible articular una palabra. Entonces avanzó bruscamente hácia su esposo, y estrechando vivamente sus manos, volvió la cabeza para mirar al conde.

— ¡Ea, Luisita, basta de penas! todo se ha acabado. Ya pagaré, porque esto no es mas que un préstamo temporal. Enjuga esas lágrimas, que son contagiosas y las comunicamos á nuestro bienhechor. Al menos correspondámonos con el espectáculo de nuestra felicidad y borremos la huella de pasados sinsabores.

Terminadas estas palabras, se llevó el banquero al conde de Mirmont y Luisa se quedó sola.

Luisa se quedó sola, turbada, inquieta, agitada, sin un pensamiento distinto, queriendo ser feliz y no pudiendo, deseando llorar y no atreviéndose. Una hora habia trastornado toda su vida. Cuando pudo coordinar sus ideas, se felicitó de que el corazón del hombre que amara en otro tiempo, no solo fuese ligero, corrompido y pérfido, sino tambien generoso y agradecido. Pero este regocijo se desvaneció poco á poco, y una nube oscureció la frente de Luisa. En vano se decía á sí misma que, libertado su marido, se presentaba un porvenir próspero y risueño, porque pensamientos extraños la acosaban y temblaba ante la aparición nueva de fantasmas que huían de sus miradas: eran sueños de libertad, de juventud y de amor.

— ¡Si me hubiese amado siempre! murmuró Luisa.

Se estremeció reconviéndose como un crimen las palabras que involuntariamente se escaparon de sus labios, y comenzó á reflexionar con la mano apoyada en el corazón. Entre tanto se abrió lentamente la puerta, entró el conde de Mirmont, y avanzando algunos pasos, la contempló en silencio.

Cuando ella alzó la cabeza vió al conde, pero como la mayor parte de las mujeres que rara vez carecen del valor que la situación exige, conoció que si hubiera podido temblar Luisa Dalmar en presencia del conde de Mirmont, madama de Granville debia mostrarse tranquila y confiada.

— ¡Al fin os encuentro! le dijo el conde.

— Caballero, contestó Luisa con sencillez, olvidad por Dios como yo un recuerdo que espero que Dios y mi madre me hayan perdonado. Olvidad que existió una niña á quien quisisteis perder y á quien el cielo salvó. Sed solamente el conde de Mirmont, el amigo, el salvador de mi esposo.

— ¡Oh! no, señora, exclamó el conde, sed vos por un instante Luisa Dalmar, y escuchadme por piedad; pues un venturoso azar nos reúne, me oíreis porque es preciso.

Dió Luisa algunos pasos hácia la puerta.

— No os alejéis, repuso el conde, hoy al menos no os alejéis sin oírme. ¡Ah! ¿no sabeis que cuando recibí la carta fatal estuve á pique de volverme loco? Yo no queria aquel matrimonio, le detestaba con toda mi alma porque os amaba, Luisa, sí, os amaba, y la prueba es que no estoy casado.

Lanzó Luisa un grito lastimero. Inmóvil, atreviéndose apenas á respirar, escuchó.

— No, no estoy casado, añadió el conde con fervor. Rompí aquel proyecto de enlace, formado á mi pesar; introduje la desolación en el seno de una familia honrada por medio de una negativa que era un escándalo y un ultraje. Honor, fortuna, todo lo deseché para permanecer fiel, y cuando casi maldito por todos, abandoné aquella casa para buscar consuelos á vuestro lado, Luisa... ¡habiais huido!

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó la jóven con angustia; ¿será posible? ¿será cierto?

— ¿Dónde estabais, Luisa? ¿qué habiais hecho? yo estaba loco de desesperación; en medio de mis tormentos, queria correr tras de vos y gritaros con amor. ¡Te engañabas, Luisa! Pero cuando iba á partir á vuestro pueblo natal, recibí un cartel de desafío del hermano de la jóven cuya mano rehusara; acepté por pundonor y salí herido.

— ¡Herido! exclamó Luisa sollozando; ¡Dios mío! ¡herido por mí!

— Mucho tiempo, mucho, estuve enfermo, añadió el conde; pero curé por fin, y no me quedó mas voluntad ni mas deseo que el de volveros á ver. Partí al país de vuestra madre, y cuando llegué, oprimióseme el corazón, tuve miedo porque todas las ventanas estaban cerradas. Vuestra madre habia muerto, y vos... vos os habeis casado.

Un profundo silencio sucedió á tan fatal revelación y entre tanto dos corazones padecían en silencio.

Por fin cruzó Luisa las dos manos y elevándolas al cielo.

— ¡Dios mío! exclamó, ¡dadme fuerzas!

Y las necesitaba en efecto, porque ella misma habia destruido su porvenir, agotado su felicidad y despojado su juventud de toda sombra de amor. Entonces comprendió Luisa su inmenso sacrificio en unirse con un anciano, en renunciar á lo que constituye una vida feliz; entonces comprendió cuánto habia amado, pues se asesinara moralmente sin sentirlo. Habia desesperado de la vida, renunciado á ella, y ahora descubria la pobre niña que habia tocado el umbral de la dicha, y alejándose sin verle, sin adivinarle. La mas honda amargura penetró en su corazón y sus dolorosas reflexiones terminaron como habian empezado con una plegaria: ¡Dios mío!

— ¡Ay! murmuró con dolor; muy cruel ha sido Dios y al menos por compasión hubiera debido ahorrarme este postrer sufrimiento... el de volveros á ver.

— ¡Ay! y yo le doy gracias por este triste consuelo.

— No, no, dijo Luisa, yo debo ser muerta para vos.

En este instante se abrió la puerta y entró el banquero, quien con rostro tranquilo y risueño fué á sentarse entre aquellos dos seres ulcerados por el dolor.

— Está terminada mi cuenta, dijo á M. de Mirmont. He querido descansar algunos instantes para gozar del placer de veros, amigo mío. ¿Qué es esto, Luisa? ¡siempre triste! eso no va bien, ya estamos salvados y deben cesar las lágrimas. Vamos á comer, hijos míos.

Sentóse M. Granville á la mesa entre ambos jóvenes; uno y otro con los ojos bajos; Luisa por no descubrir las lágrimas que los arrasaban, y el conde por no dejar traslucir el regocijo del que se cree amado.

— ¡Ea! ¡que traigan del mejor vino! dijo el banquero, y comencemos bebiendo á la salud de nuestro huésped. Luisa, llena el vaso, y bebe como yo por nuestro libertador.

Mojó Luisa los labios en el vino, inclinándose hácia el conde, y este hizo un esfuerzo para sonreirse acercando su vaso al del banquero.

— Es neto el vinillo, ¿no es verdad, amigo mío? á ver si os alegra el alma, porque ni Luisa ni vos sabeis ser felices.

Luisa y el conde quisieron sonreirse, pero la sonrisa era una especie de llanto mutuamente derramado.

Poco á poco el banquero se quedó silencioso como su mujer y como el conde; y sin querer, sin pensarlo quizá, pasó del silencio á la observación; luego de repente, de la observación á un terror vago, cuya causa no acertaba á definir.

Luisa y M. de Mirmont estaban demasiado ocupados con sus propios pensamientos para observar al tercer personaje, que de alegre que estaba, íbase tornando melancólico como los que le rodeaban. Mirábalos el banquero y mil ideas confusas se suscitaban en su imaginación. Recordaba los sucesos de aquel día, los comparaba y creia deducir un terrible misterio. Por segunda vez se anublaba su porvenir.

Los observó largo rato con lástima, con angustia; pero no acertaba á traducir por medio de una idea distinta la impresión que le agitaba.

Cuando se levantaron de la mesa se dirigió á Luisa, y tomándola de la mano la dijo dulcemente:

— Luisa, esta mañana cuando entró el señor conde, te faltaba aun algo que decirme... un nombre... pronúnciale, Luisa.

— ¡Que le pronuncie! murmuró Luisa temblando y pálida como la muerte.

— Sí, repuso el banquero, el nombre del sugeto que te engañó tan vilmente.

Terrible era la situación... De aquel nombre dependia el porvenir de tres personas. Para el banquero era aquel nombre el árbitro de su felicidad doméstica, y mas que todo de su honor, de su vida. De aquel nombre pendia tambien la débil esperanza que fundara el conde en las lágrimas de Luisa; porque impelido por un fatal instinto, habia espiado la pregunta del banquero, y aunque no sabia lo que aguardaba, amaba y hubiera dado su vida por no salir de aquella casa, por no abandonar á Luisa.



Matanza de un elefante destinado á la alimentacion pública.

Ningun recuerdo culpable atormentaba á la esposa; pero vió el dolor de su marido, su esposo destruido para siempre; vió su ruina, su deshonor... ¡pobre mujer! ¿qué respondería? si hablaba... era la sentencia de muerte del anciano; fuerza era, pues, mentir para salvarle. Así murmuró en voz baja:

— Es un nombre desconocido... M. de Saint-Leon.

— Me habia equivocado, exclamó el banquero soltando un hondo suspiro, como un hombre que se siente aliviado de un gran peso.

— ¡No me ha nombrado! dijo el conde fuera de sí de alegría; ¡no me ha nombrado, luego me ama aun!

Leia solamente en el ardor de su corazon y no comprendia cuánta pureza encerraba aquella mentira.

— ¡Dios mio, perdonadme! decia Luisa entre sí con los ojos anegados en lágrimas.

El conde de Mirmont clavó en ella una mirada agradecida y tierna que sostuvo la jóven sin ruborizarse, porque no conocia que acababa de hacerse cómplice de las esperanzas del conde, y al corresponder á aquella mirada, creia decir: Unámonos para salvarle, unámonos para conservarle una vida honrosa y tranquila.

De este modo se aventuraba sin querer en un sendero escabroso; su inocencia carecia de experiencia; contaba con un corazon puro como el suyo y se engañaba, porque mientras ella hablaba con el lenguaje de los ángeles, la contestaban con las palabras de las pasiones de la tierra.

El banquero por su parte habia recobrado su buen humor. Su lealtad no se atrevia á ofender con una duda ó con una sospecha á los que le rodeaban: usaba del derecho de las almas honradas, el de ser engañadas fácilmente sin rebajar su dignidad personal.

(Se continuará.)

### Las carnicerías de Paris.

MATANZA DE UN ELEFANTE DESTINADO Á LA ALIMENTACION PÚBLICA.

Las carnicerías representan hoy una de las mas extrañas metamorfosis del sitio de Paris. Hubo sin duda un tiempo en que los carniceros de Paris vendian pierna de carnero, costillas, ternera y buey; pero ¿quién se acuerda ahora de esa tradicion de la antigüedad?

Los carniceros venden actualmente lo que reciben del

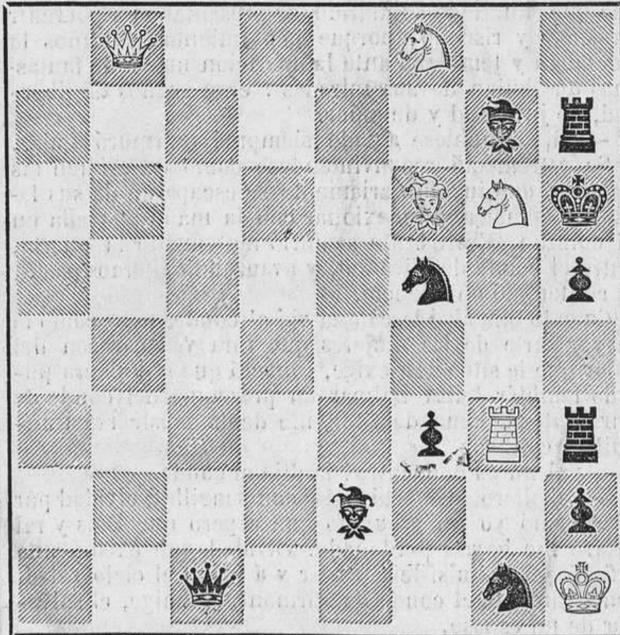
### Problemas de ajedrez.

Solucion del número 329

- 1 A 7ª ARª T toma A mejor.
- 2 T 6ª TR ?
- 3 T C P jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 330, POR M. H. TURTON.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

gobierno para la racion cotidiana, esto es: bacalao, arroz, guisantes secos, arenques, frijoles, lentejas, y de tiempo en tiempo carne de caballo; es una venta enteramente nueva.

Sin embargo, una carnicería forma excepcion y parece haber jurado que triunfaria de las dificultades del sitio. Carne y nada mas que carne es el programa que se ha impuesto Deboos, el célebre carnicero del boulevard Haussmann y verdaderamente ha sabido vencer todos los obstáculos para no faltar á lo prometido.

¿Cómo ha podido resolver el intrincado problema que consistia en proporcionarse carne, cuando todas las reses estaban embargadas por el gobierno y ni una sola se encontraba en el mercado?

Aquí es donde ha dado pruebas de la fecundidad de su ingenio.

Existian en Paris dos grandes reservas, el Jardin de Aclimatacion y el Jardin de Plantas, el arca de Noé, y en ambos establecimientos halló un parque abundantemente provisto, en el que recogió los variados productos que expuso en su carnicería.

Con efecto, durante algunos dias pudimos asistir á un espectáculo realmente fantástico. En primer lugar desfilaron las mulas y los borricos; luego vinieron los búfalos y despues los camellos, los osos y los tigres.

No mencionamos sino los animales importantes.

Llególes el turno á los elefantes, y Deboos compró por la enorme suma de 27,000 francos tres elefantes de los ya citados jardines.

Vemos, pues, que no se dan baratos los huéspedes de las colecciones zoológicas.

Los dos primeros elefantes que mataron para la alimentacion pública pertenecian al Jardin de Aclimatacion. El uno cayó mediante una bala explosible que recibió de costado, y el otro recibió en la frente dos balazos.

Nada tenemos que decir de elefante, que no ha figurado hasta ahora en las mesas parisienses; pero todos los viajeros, y entre ellos Levaillant en su *Viaje á Africa*, concuerdan en decir que no puede darse un manjar mas delicado y exquisito.

Durante unos dias fué el plato mas buscado en las primeras mesas de la capital, y la carne de elefante se vendió hasta 40 francos la libra.

Mientras los ricos ponderaban la delicadeza de esta carne, los pobres hacian lo mismo con la de rata, que se ha vendido en Paris con una abundancia increíble.

¡Qué gran recurso! Un naturalista decia que Paris debia poseer unos veinte millones de ratas.

Afortunadamente el armisticio nos trae ya víveres, y muchos de esos millones de ratas se quedarán con vida.

L. C.